



ARCA *de* GRACIA

La Virgen María en las
Sagradas Escrituras

CARLOS CASO-ROSENDI

Arca de Gracia

La Virgen María en la Biblia

Carlos Caso-Rosendi

Nihil Obstat/Imprimatur

Su Excelencia Reverendísima Frederick Campbell, D.D., Ph.D. Obispo de Columbus, Ohio, Estados Unidos de América. Dado en la Diócesis de Columbus, Ohio el 23 de diciembre de 2009.

El Nihil Obstat e Imprimatur son declaraciones oficiales que indican que la obra está libre de errores doctrinales y morales. Tal declaración no implica que quienes las han otorgado estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas en la obra. La autoridad eclesiástica no asume ninguna responsabilidad legal en relación a esta publicación.

Aviso

No se autoriza la reproducción o transmisión de ninguna manera o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, grabaciones o cualquier otro medio de grabación y reproducción informática sin permiso expreso y escrito del propietario de los derechos correspondientes.

A menos que se indique de otra manera, los textos bíblicos citados son tomados de la versión católica de uso común en el sitio de la Santa Sede en el Internet. El uso de “ustedes” en la segunda persona del plural ha sido editado en algunos textos y reemplazado por el modo clásico “vosotros” para hacer más claro y uniforme el sentido del texto a todos los lectores de habla hispana.

©2009-2014 y años subsiguientes, Carlos Caso-Rosendi.

Título original en inglés: *Ark of Grace—Our Blessed Mother in Holy Scripture*.

Prefacio

Vivimos en un tiempo en que toda clase de información da la vuelta al mundo a una velocidad vertiginosa. Sin embargo, la gran mayoría de la gente ignora las leyes de Dios y sus promesas. Hoy la Iglesia Católica se encuentra en una de las más graves crisis de su historia y las circunstancias demandan que los fieles tengan el espíritu de los primeros cristianos, quienes estuvieron dispuestos a sufrir persecución y martirio por enseñar las sendas de la vida al mundo pagano. Dios nos ha traído a esta hora para servir a la humanidad de esa misma manera. Debemos hacer saber al mundo que la vida abundante prometida por Jesús sigue disponible para todos aquellos que aceptan el desafío de vivir en la gracia de Dios.

Nosotros los fieles tenemos que hacer un esfuerzo para auto-evangelizarnos y entonces poder evangelizar a otros, pero mayormente debemos cultivar la voluntad de entregar el mensaje del Evangelio a un mundo empeñado en auto-destruirse. Esta no es una época cualquiera. Millones de almas pueden ser salvadas o perdidas.

A medida que lea esta obrita, concéntrese y trate de entender cómo fue que Nuestra Bendita Madre resultó ser el primer rayo de luz que brilló en la oscuridad de su tiempo. Ruegue a Dios por la gracia de recibir su luz y de ser como ella, mensajero de vida y gracia, entregando las Buenas Nuevas de Nuestro Señor Jesús a un mundo que muere.

El Autor

Indice

[María la Madre de Dios](#)

[María el Arca de la Nueva Alianza](#)

[María es la Nueva Eva](#)

[La Inmaculada Concepción de María](#)

[María Siempre Virgen](#)

[María y los Hermanos de Jesús](#)

[María Purísima, Nunca Pecó](#)

[María ¿Fue Reprendida por Jesús?](#)

[Asunción de María a los Cielos](#)

[María Nuestra Poderosa Intercesora](#)

[Devociones Marianas](#)

[María en el Antiguo Testamento](#)

[El Modelo Cristiano Perfecto](#)

[Notas](#)

María la Madre de Dios

El primer capítulo del Evangelio Según San Lucas nos presenta a María. Dios envía a un ángel para anunciarle que ella será la Madre del Mesías, el Rey Eterno de Israel.

Lucas 1, 26-29 — Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

María, una doncella, estaba comprometida para casarse con José. Cuando el ángel la saluda de esa manera tan inusual, María se queda intrigada pues el mensajero de Dios se dirige a ella como a alguien de gran importancia. Sin embargo, ella sabe que es sólo una jovencita que vive en una pequeña aldea de Galilea. El ángel la llama “llena de gracia,” indicando que no tiene necesidad o capacidad para más favores divinos como otros seres humanos. No tiene necesidad de perdón, ni tampoco puede recibir gloria y honor más abundantes que los que ya posee. Este es un punto muy importante. Por las palabras del ángel—de hecho por la Palabra inspirada de Dios—sabemos que María fue puesta en el pináculo de la creación y de la perfección por la sobreabundante gracia de Dios. El hizo esto con la intención de preparar a María para su papel en la historia de la salvación. Es importante notar que María no estaba consciente de su destino hasta ese momento. El ángel tuvo que informarle de su misión y ella podía aceptarla o rechazarla.

Lucas 1, 30-33 — El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.”

Jesús y los ángeles usan con frecuencia la frase “no temáis” en sus apariciones (Mateo 28, 10; Juan 14, 27). El ángel le informa a María que ha sido favorecida por Dios con la gracia extraordinaria de ser la Reina de Israel, la *gebirah*, o “Gran Dama”. En el antiguo Israel, era la madre del Rey la que se sentaba en el trono como Reina (1^{ra} Reyes 2, 19). El ángel describe todos los atributos del largamente esperado Mesías, mencionando especialmente que él “reinará sobre la casa de Jacob”, o sea sobre todas las tribus de Israel y no solamente sobre Judá. Cuando María oyó eso, supo inmediatamente que su hijo iba a ser el Mesías y que ella estaba destinada a ser la reina Eterna de Israel.

Lucas 1, 34 — María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”

Esta pregunta de María nos revela muchas cosas. Ya Lucas nos había referido antes que

María estaba prometida en matrimonio a un hombre llamado José. Ahora bien, si María esperaba tener relaciones conyugales con su futuro esposo, ella nunca hubiera hecho esa pregunta. Simplemente hubiera asumido que ella y José iban a ser los padres del Mesías después de haberse casado. Sin embargo, ella le pide respetuosamente al ángel que le explique cómo es que este bebé va a nacer. La única manera razonable de explicar esa pregunta es concluir que María había consagrado su virginidad a Dios y no esperaba tener relaciones conyugales con su futuro esposo. La práctica de consagrar la virginidad a Dios se encuentra bien fundamentada en la cultura judía de esa época. Hay algunos precedentes bíblicos, como por ejemplo, la hija del juez Jefté (Jueces 11, 34-40) y la profetisa Ana que se consagró a Dios cuando quedó viuda siendo muy joven (Lucas 2, 36-37; 1^{ra} Corintios 7, 23-40). Para ser un testimonio perfecto y eterno del poder de Dios, la virginidad de María tiene que ser eterna. Su voto de permanecer Virgen por toda la vida se puede deducir claramente de la pregunta que ella le hizo a su mensajero angelical.

Lucas 1, 36-37 — Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.

El ángel procede a explicar a María la forma en que Jesús será concebido. También le cuenta que Isabel, la madre de Juan el Bautista, ha quedado encinta milagrosamente en su vejez. Por esto podemos ver que ambas mujeres son tipos representativos de la Antigua y de la Nueva Alianza. María está esperando un bebé siendo muy joven y sin estar casada aún, mientras que Isabel espera un hijo a pesar de su avanzada edad.

Lucas 1, 38 — Dijo María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.” Y el ángel dejándola se fue.

Este pasaje nos muestra cómo María acepta humildemente la misión que Dios le ha dado. Ella va a estar encinta sin estar casada, algo que es a la vez vergonzoso y peligroso. Sin embargo no se preocupa por su suerte sino que confiadamente le deja todos los detalles a Dios. El ángel no se va hasta que oye la aceptación de María. En esto vemos que María es un modelo de obediencia y apreciamos el respeto que Dios tiene por la libertad humana. María era libre de no aceptar la oferta de Dios, sin embargo aceptó, a pesar de todos los problemas y peligros que su misión podía causarle.

Lucas 1, 39-45 — En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿cómo puede ser que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”

Isabel es un modelo profético de la Antigua Alianza. Su hijo Juan el Bautista va a ser el último profeta de Israel así como Jesús va a ser el primero de la Nueva Alianza y el más grande profeta de todos los tiempos. Por lo tanto, desde este punto en adelante, entendemos que María es una representación de la Iglesia, cuya misión es traer a Jesús para la salvación del mundo. En Isabel vemos un modelo de la Antigua Alianza de Dios con Israel. Así como la Antigua Alianza apunta proféticamente al Mesías, también lo hacen Isabel y su hijo Juan el Bautista. En Gálatas 3, 24-26 el apóstol Pablo expone sobre la Ley Mosaica (la Antigua Alianza,) y nos enseña que esa Ley es como un ayo que nos conduce a Cristo. Isabel llama a María “la madre de mi Señor”, señalando a Jesús de la misma manera en que después lo hará su hijo Juan el Bautista. Aún cuando era un bebé en el vientre de Isabel, el Espíritu Santo le permitió a Juan el Bautista reconocer la voz de María.

Esto está bien atestiguado en las Escrituras para mostrarnos que aquellos que son llevados por el Espíritu Santo reconocen en María la mismísima cercanía de Jesús. La bendición de Isabel “¡Bendita eres tú entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!” ha sido incorporada para siempre en la antiquísima oración de la Iglesia, el *Ave María*.

Lucas 1, 46-48 — Y dijo María: “Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada;

Aquí María comienza a cantar su *Magnificat*, una hermosa oración de alabanza similar a la *Canción de Hanna* (1^{ra} Samuel 1, 2-10). Hanna también era una mujer estéril, como Isabel. Dios le permitió tener un hijo, el gran profeta Samuel, quien luego ungió a David como Rey de Israel (1^{ra} Samuel 16, 11-13). De la misma forma, Juan el Bautista fue designado por Dios para bautizar a Jesús en el río Jordán (Marcos 1, 9). Después de ser ungido, David estableció el Reino de Israel. Paralelamente, después de su bautismo Jesús comienza su ministerio y establece la Iglesia, el Reino Eterno de Dios. Estos pasajes iluminan la importancia central de María en el cumplimiento de las antiguas promesas de Dios, en Cristo.

María el Arca de la Nueva Alianza

El Espíritu Santo le da significado a las Escrituras. Esto ocurre de tal manera que nunca seremos capaces de concebir la profundidad de la sabiduría contenida en la Biblia. Con los ojos de la fe podemos ver la múltiple variedad de verdades que la Escritura contiene, todas ellas en perfecto acuerdo, todas diseñadas para revelar el inescrutable misterio de Dios. Fue Dios quien ordenó a Moisés a construir el Arca de la Alianza, miles de años antes de que naciera María de Nazaret. Dios dio instrucciones muy precisas a Moisés sobre cómo construir el arca. Las Escrituras muestran que el Arca de la Alianza fue una representación profética de Nuestra Señora.

Exodo 25, 10-22 — Tú harás un arca de madera de acacia, que deberá tener ciento veinticinco centímetros de largo por setenta y cinco de ancho y setenta y cinco de alto. La recubrirás de oro puro por dentro y por fuera, y pondrás alrededor de ella, en la parte de arriba, una moldura de oro. También le harás cuatro argollas de oro fundido y se las colocarás en los cuatro extremos inferiores, dos de un lado y dos del otro. Asimismo, harás unas andas de madera de acacia, las revestirás de oro, y las harás pasar por las argollas que están a los costados del arca, para poder transportarla. Las andas estarán fijas en las argollas y no serán quitadas. En el arca pondrás las tablas del Testimonio que yo te daré. También harás una tapa de oro puro, de ciento veinticinco centímetros de largo por setenta y cinco de ancho, y en sus dos extremos forjarás a martillo dos querubines de oro macizo. El primer querubín estará en un extremo y el segundo en el otro, y los harás de tal manera que formen una sola pieza con la tapa. Ellos tendrán las alas extendidas hacia arriba, cubriendo con ellas la tapa; y estarán uno frente a otro, con sus rostros vueltos hacia ella. Después colocarás la tapa sobre la parte superior del arca, y en ella pondrás las tablas del Testimonio que yo te daré. Allí me encontraré contigo, y desde allí, desde el espacio que está en medio de los dos querubines, yo te comunicaré mis órdenes para que se las transmitas a los israelitas.

El arca estaba diseñada de manera que cuatro o más sacerdotes levitas podían moverla sin necesidad de tocar directamente ese objeto sagrado. Dios le había prometido a Moisés que El mismo iba a estar en el arca, diciéndole “allí me encontraré contigo”. De la misma manera, en la Encarnación, el Hijo del Hombre estuvo dentro del vientre de María, una mujer que estaba destinada a ser inmaculada e intocable, de la misma manera que el arca de tiempos antiguos.

En Lucas 1, 36-37 el ángel usa las palabras “te cubrirá” (griego *episkiasai, επελευσεται*) para describir cómo el Espíritu Santo se acercaría a María. Esa palabra es la misma que se usa en el Exodo para describir a los “querubines cubrientes” que extendían sus alas sobre el asiento de misericordia del arca y también en Exodo 40, 34-35.

El Arca de la Alianza contenía objetos que representaban proféticamente a Jesús, el

Mesías. Estaba diseñada para contener varios objetos sagrados: las Tablas de la Ley en las que el dedo de Dios había grabado los Diez Mandamientos, una escudilla de oro con el maná, el pan del cielo preservado milagrosamente fresco, y el báculo sacerdotal de Aarón que reverdeció y floreció dando almendras en una sola noche, mostrando así fielmente que Dios había elegido a Aarón como Sumo Sacerdote. Cada uno de estos objetos enseña una cualidad de Jesucristo. En las tablas de piedra estaban los mandamientos que Dios le había dado a Israel. Jesús fue el único entre toda la humanidad que pudo cumplir esos mandamientos en forma perfecta (1 Juan 3, 5-6). El maná era el “pan del cielo” (ver 1 Juan 6, 22-65). El báculo de Aarón es un símbolo del sacerdocio eterno de Jesús (Hebreos 7, 23-24). Estas tres cosas estaban dentro del arca y todas ellas señalan proféticamente a Jesús. Nuestra Señora no tuvo en su vientre una mera representación de las cualidades de Jesús, sino al mismísimo Jesús. Es por eso que se la considera a ella como el Arca de la Nueva Alianza.

2^{da} Samuel 6, 9-12 — Aquel día, David tuvo miedo del Señor y dijo: “¿Cómo va a entrar en mi casa el Arca del Señor?” Y no quiso trasladar el Arca del Señor a su casa, a la Ciudad de David, sino que mandó que la llevaran a la casa de Obed-Edom de Gat. El Arca del Señor permaneció tres meses en la casa de Obed-Edom de Gat, y el Señor bendijo a Obed-Edom y a toda su familia. Cuando informaron a David: “El Señor ha bendecido a la familia de Obed-Edom y todos sus bienes a causa del Arca de Dios”, David partió e hizo subir el Arca de Dios desde la casa de Obed-Edom a la Ciudad de David, con gran alegría.

Esta parte del Antiguo Testamento enseña varios paralelos entre el Arca de la Alianza y María, la madre de Jesús. Primero, David hace la misma pregunta que Isabel exclamó cuando María le vino a visitar: “¿Cómo puede ser que la madre de mi Señor venga a mí?”

Reemplazando la palabra “arca” en la frase de David, nos queda la misma frase que Isabel exclamó cuando vió que María venía a visitarla. Además, el arca se queda en la casa de Obed-Edom por tres meses, del mismo modo que María se quedó en casa de Isabel por tres meses (Lucas 1, 56). El bebé en el vientre de Isabel, el hijo de un levita, saltó de gozo al ver a María y correspondientemente David danzó gozosamente delante del Arca, vestido como un levita.

Apocalipsis 11, 19 a 12, 6 — Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo, y apareció el arca de su alianza en el Santuario, y se produjeron relámpagos, y fragor, y truenos, y temblor de tierra y fuerte granizada. Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a

dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz. La mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada 1.260 días.

El Apocalipsis de San Juan, también conocido como la Revelación, fue escrito a fines del primer siglo después de Cristo. Para entonces el Arca de la Alianza había estado perdida por más de 600 años. La tradición judía cuenta que fue el profeta Jeremías quien hizo esconder el arca para protegerla de caer en manos de los Babilonios (2^{da} Macabeos 2, 5-8). En esta visión, San Juan ve el arca nuevamente en “los cielos”. La escena del arca parece terminar abruptamente para presentar al lector con el “signo” o “portento” de la mujer vestida del sol. En Isaías 7, 14 fue profetizado: “Por eso el Señor mismo os dará un signo. Mirad, la doncella quedará encinta y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel.” La imagen tiene una fuerte conexión con Gálatas 3, 27 donde el apóstol San Pablo exhorta a la Iglesia a “vestirse de Cristo”, de quien se habla en las Escrituras como si fuera el sol o una “gran luz” o lucero (Mateo 4, 16). La mujer en la visión está perfectamente vestida con la luz de Cristo y coronada con doce estrellas, que son los doce apóstoles de Cristo (compare esto con el uso del número 12 en Apocalipsis 21, 10-14). En realidad la escena que describe el arca no termina abruptamente, sino que continúa, indicando que el arca y la mujer celestial son lo mismo o están fuertemente asociadas en la visión de Juan. Otras señales indican que esta mujer es una imagen de María: está encinta y su hijo gobernará a las naciones (Cristo), la luna bajo sus pies es la Iglesia—bajo la Reina del Cielo, la Iglesia militante refleja imperfectamente la luz de Cristo, en contraste con la Iglesia triunfante en los cielos, cuya luz es Cristo mismo (Apocalipsis 21, 23). Ella también es enemiga del Dragón (Apocalipsis 12, 17) que se identifica en Apocalipsis 20, 2 como Satanás “la serpiente original,” que combatirá y perseguirá a la descendencia de la mujer (comparar con Génesis 3, 14-15).

En el Apocalipsis de Juan, el Arca de la Alianza es una mujer, la Madre del Mesías. De manera similar San Juan nos presenta luego en el Apocalipsis a la Novia del Cordero que es también la Ciudad de Dios, la Iglesia Triunfante en los cielos.

María es la Nueva Eva

Cuando Adán y su esposa fueron expulsados del Paraíso, Adán le dió a su esposa el nombre Eva (madre) “porque ella será la madre de todos los que vivan” (Génesis 3, 20). En 1^{ra} Corintios 15, 22 San Pablo nos enseña: “Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo.” Así como tenemos un nuevo Adán en Cristo, Tenemos una nueva Eva en Nuestra Bendita Madre, María. Después que el Diablo la engañara a Eva para hacer entrar la muerte en el mundo, ella no pudo evitar pasar el pecado original a todos sus descendientes. La sabiduría de Dios nos dió a María de tal manera que ella pudiera recibir a Jesús en su seno. De esa forma nosotros pudimos recibir a Jesús y ser redimidos del pecado original. Eva fue tentada por un ángel malo para perder su confianza en Dios. María respondió con total confianza en Dios cuando un ángel santo le pidió que fuera la madre de Cristo.

Juan 2, 1-11 — Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: “No tienen vino.” Jesús le responde: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.” Dice su madre a los sirvientes: “Haced lo que él os diga.” Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: “Llenad las tinajas de agua.” Y las llenaron hasta arriba. “Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala.” Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: “Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.” Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

El ministerio de Jesús en los Evangelios comienza con las bodas de Caná. María se acerca a Jesús porque nota que la fiesta se está quedando sin vino y la familia va a quedar avergonzada. Por decirlo así, ella intercede en favor de sus amigos, pensando que quizás Jesús pueda hacer algo por ellos. La respuesta de Jesús no es irrespetuosa como algunos piensan. Jesús no podía ser irrespetuoso con su madre, eso hubiera sido una ofensa patente contra la ley de Dios. Nosotros sabemos que Jesús cumplió perfectamente la Ley porque nunca pecó. Entonces ¿Qué significa esa respuesta? San Juan escribió en griego y en ese idioma usó la palabra *gunai* (γυναί) que es similar al uso clásico de “Mi Señora”. La Biblia *International Standard Version* en inglés, traduce estas palabras como sigue: “En qué nos concierne este asunto, mi Señora? Mi hora aún no ha llegado.”¹ La frase en su sentido original no era para nada irrespetuosa. Quizás Jesús no tenía intención de mostrarse así, en un lugar tan público, como alguien capaz de hacer milagros. Aun así María lo impulsa a ayudar y él está de acuerdo en solucionar el problema. Al mismo tiempo él llama a María “Mi Señora” el mismo título que

generaciones de fieles usarán para identificarla. El término *gunai* fue usado por Dios en el Génesis cuando condenó a la Serpiente, diciendo “Pondré enemistad entre tí y la mujer (*gunai*, γυναί)”. Cuando Jesús se dirige a María de esa manera, nos está revelando el papel que ella tendrá en la historia de la salvación. Ella es la *gunai* cuya descendencia derrotará a la descendencia de la “serpiente original,” Satanás el Diablo (Apocalipsis 20, 2).

Génesis 3, 1-20 — La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que el Señor Dios había hecho, y dijo a la mujer: “¿Así que Dios os ordenó que no comiérais de ningún árbol del jardín?” La mujer le respondió: “Podemos comer los frutos de todos los árboles del jardín. Pero respecto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: ‘No comáis de él ni lo toquéis, porque de lo contrario quedaréis sujetos a la muerte’”. La serpiente dijo a la mujer: “No, no moriréis. Dios sabe muy bien que cuando vosotros comáis de ese árbol, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal”. Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió; luego se lo dio a su marido, que estaba con ella, y él también comió. Entonces se abrieron los ojos de los dos y descubrieron que estaban desnudos. Por eso se hicieron unos taparrabos, entretrejiendo hojas de higuera. Al oír la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín, a la hora en que sopla la brisa, se ocultaron de él, entre los árboles del jardín. Pero el Señor Dios llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?” “Oí tus pasos por el jardín, respondió él, y tuve miedo porque estaba desnudo. Por eso me escondí”. Él replicó: “¿Y quién te dijo que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol que yo te prohibí?” El hombre respondió: “La mujer que pusiste a mi lado me dio el fruto y yo comí de él”. El Señor Dios dijo a la mujer: “¿Cómo hiciste semejante cosa?” La mujer respondió: “La serpiente me sedujo y comí”. Y el Señor Dios dijo a la serpiente: “Por haber hecho esto maldita seas entre todos los animales domésticos y entre todos los animales del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre, y comerás polvo todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón”. Y el Señor Dios dijo a la mujer: “Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos; darás a luz a tus hijos con dolor. Sentirás atracción por tu marido y él te dominará”. Y dijo al hombre: “Porque hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol que yo te prohibí, maldito sea el suelo por tu culpa. Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida. Él te producirá cardos y espinas y comerás la hierba del campo. Ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la terra, de donde fuiste sacado. ¡Porque eres polvo y al polvo volverás!”. El hombre dio a su mujer el nombre de Eva, por ser ella la madre de todos los vivientes.

Desde el punto de vista de Dios, toda la historia humana se reduce a tres grandes eventos: la creación, la caída y la redención. En este pasaje vemos cómo ocurrió la caída. Satanás se le aparece a Eva primero y la seduce completamente, mintiéndole para hacerla pecar. Luego Adán también es empujado a pecar. De esta manera Eva, que

estaba destinada a ser la madre de una raza perfecta, resultó ser la madre de una raza imperfecta y pecaminosa, destinada a morir como resultado de la desobediencia deliberada de Adán, ya que Adán no fue engañado, sino que actuó con todo propósito. El apóstol Pablo escribe en 1^{ra} Timoteo 2, 14: “Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión.”

En Génesis 3, 15 vemos cómo Dios anuncia rápidamente la redención de la raza humana, tan pronto como Adán y Eva caen, Dios viene al rescate. La tontedad de la ofensa de Adán, sin embargo, requiere una satisfacción, una redención que la humanidad caída no puede proveer. Dios proveerá un “nuevo Adán” (1^{ra} Corintios 15, 21-22; Génesis 22, 8) un hombre perfecto que pueda llevar a cabo la redención de la humanidad. Dios también proveerá una “nueva Eva” la “Señora” or *gunai* (griego, γυναί) que transmitirá a sus hijos vida en vez de muerte. Su simiente, sus descendientes no van a ser engañados por la serpiente sino que la resistirán, aplastando su cabeza. Esa mujer misteriosamente oculta en el propósito de Dios desde los tiempos del Génesis es la Virgen María, Nuestra Bendita Madre. Ella es perfectamente lo contrario de la Eva original, así como Jesús es perfectamente lo contrario del Adán original. Eva le dió a su esposo a comer del fruto del árbol prohibido, y de esa forma le pasó la muerte a todos sus descendientes. María, Nuestra Bendita Madre nos da la vida por medio de su Hijo, Jesús, el fruto de su vientre, destinado a redimir a la humanidad en el árbol de la Cruz.

La Inmaculada Concepción de María

En la Constitución *Ineffabilis Deus* del 8 de Diciembre de 1854, Pio IX declaró que la Santísima Virgen María “en la primera instancia de su concepción, por singular privilegio y gracia dada por Dios, con vista a los méritos futuros de Jesucristo, el salvador de la raza humana, fue preservada exenta de toda mancha del pecado original.”

La doctrina del Dogma de la Inmaculada Concepción afirma que María nació libre del pecado original. Dicha enseñanza no se menciona explícitamente en la Biblia, pero sin embargo, hay suficiente evidencia para demostrar que la creencia en la Inmaculada Concepción es perfectamente bíblica.

Lucas 1, 26-29 — Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

Debemos prestar atención a la expresión “llena de gracia” que viene del griego *κεχαριτωμένη*, *kejaritomene*. Del uso de esa expresión aprendemos que María recibió de Dios toda la gracia necesaria para su salvación. El origen de esta verdad registrada en el Evangelio de Lucas, es un ángel que entrega el mensaje directamente de Dios.

¿Qué significa estar llena de gracia? cuando medimos cualquier otra cosa, como por ejemplo un fluido, decimos que el vaso está lleno de agua porque no puede recibir más agua, o porque tiene toda el agua necesaria para completar cierto grado de plenitud. De la misma forma, Nuestra Madre Santísima fue informada de su particular condición delante de Dios por medio de un ángel: le fue dada toda la gracia divina necesaria para completar su misión como la Nueva Eva. María recibió dicha gracia por adelantado, antes de que se efectuara el sacrificio redentorio de Cristo, primeramente porque, para cumplir su papel como la Nueva Eva, ella tenía que ser la descendencia de Eva, la primera mujer, (Génesis 3, 1-20) y en segundo lugar, porque esa particular condición la ponía en la línea hereditaria del pecado original (1ra Corintios 15, 22). Para ser la Novia de Dios el Espíritu Santo y Madre de Dios Hijo, María tenía que ser creada como hija perfecta de Dios Padre. Dios dió a María estas gracias porque deseaba redimir a la humanidad. En María vemos anticipadamente, la perfección que la humanidad obediente recibirá como resultado del sacrificio de Jesús en la Cruz.

La expresión *kejaritomene* complementa y cumple muchas de las expresiones proféticas registradas en las Escrituras. Se la menciona como la Sabiduría en Proverbios 8, Eclesiástico 24, y en el cántico misterioso del Cantar de los Cantares capítulo 4, que dice en el verso 7: “Eres toda hermosa, amada mía, y no tienes ningún defecto.” Estos textos

se han usado por siglos en la liturgia y en las plegarias para dar alabanza a la Madre de Dios, aunque en sí mismos no constituyen prueba de su Inmaculada Concepción.

Aquí tenemos algunos comentarios sobre el uso del término *kejaritomene* y la Inmaculada Concepción:

“...Lucas 1:28 usa el participio pasivo perfecto *kejaritomene*. La conjugación perfecta de un verbo griego denota 'continuidad y plenitud en la acción'; 'acción completa con resultados permanentes se denotan por medio de la conjugación perfecta.'² Desde un punto de vista morfológico, por lo tanto, es correcto traducir *kejaritomene* como 'completamente, perfectamente, permanentemente dotada de gracia.'“³

“Desde el momento en que María no podría haber merecido ser la madre de Dios si hubiera pecado, afirmamos sin duda alguna que María nunca cometió un acto pecaminoso, fatal o venial: 'Eres toda hermosa, amada mía, y no tienes ningún defecto.' Cristo es la fuente de toda gracia, autor de ella como Dios e instrumento de ella como hombre, y desde el momento en que María fue la más cercana a Cristo al darle su naturaleza humana, ella recibió de El la plenitud de la gracia: gracia tan abundante que la acerca en gracia a su Creador, recibiendo en ella al Único que está lleno de toda gracia, y por medio de darlo a luz, ella trajo la gracia a todos.”⁴

Cuando María aceptó ser Novia del Espíritu Santo, ella llegó a ser el Arca de la Nueva Alianza.⁵ Por eso decimos que el Arca de la Alianza es un modelo profético que prefigura a María. El Arca tenía un lugar en el Santísimo, en el interior del Santuario del Tabernáculo. Este era el lugar más santo del Tabernáculo de Dios, un lugar tan sagrado que ninguna persona podía visitar. El Santísimo era la morada especial de Dios entre su pueblo. Una gruesa cortina, hecha de lino fino y lana tejida azul, púrpura y escarlata, separaba el Santísimo del Lugar Santo. Los querubines son espíritus que sirven y alaban a Dios constantemente, de guardia frente al Trono del Altísimo. Son como el velo entre el Santo y el Santísimo, que esconden la Santidad de Dios de la vista de los pecadores. Entrar en el Santísimo significaba entrar en la mismísima presencia de Dios. Solo el Sumo Sacerdote podía pasar más allá de esa cortina. El Sumo Sacerdote, modelo profético del mismo Cristo, el mediador elegido por Dios para su pueblo, podía entrar en este espacio sagrado solamente en el Día de Expiación, el *Yom Kippur*. El Santísimo estaba allí para educar a los Israelitas sobre la santidad de Dios. Algo que el pueblo debía tomar muy en serio (Habacuc 1, 13). La cortina estaba allí para asegurarse de que ningún hombre pudiera entrar en la sagrada presencia de Dios. Aun el Sumo Sacerdote, cuando entraba en el Santísimo, debía purificarse ceremonialmente. Debía vestirse con una ropa especial, llevar un incensario para que la morada se llenara de humo y de esa manera cubriera sus ojos impidiéndole ver a Dios directamente. Era importantísimo que llevara la sangre de los sacrificios con él, para hacer expiación por sus pecados y los pecados del pueblo. La liturgia del Día de Expiación hacía evidente la necesidad de un sacerdote perfecto, como el que tenemos hoy en Cristo, y para mostrar a los israelitas la

majestuosa santidad de Dios (Hebreos 9, 7; 9, 24-26; 6, 19-20; 10,19-22).

¡Cuánta más santidad, pureza e inocencia se requeriría de la mujer en quien iba a morar la mismísima vida de Dios por nueve meses! ¡Dios no pudo haber requerido ese grado de santidad en el modelo profético para luego ignorarlo en su cumplimiento! ¡El modelo no puede ser más santo que la realidad a la que está representando!

De hecho, la doctrina de la Inmaculada Concepción explica cómo Dios preparó en María, el vaso perfecto para recibir al Hijo de Dios en el misterio de la Encarnación.

María Siempre Virgen

La virginidad perpetua de María es disputada frecuentemente por aquellos que desean desacreditar a la Iglesia Católica. Al hacerlo nos prueban, sin quererlo, la necesidad de sostener el dogma de la virginidad perpetua de María. Es lógico que alguien que espera desacreditar a un reino, trate de echar dudas sobre la virtud de la Reina.

Isaías 7, 14 — Por eso el Señor mismo os dará un signo. Mirad, la doncella quedará encinta y dará a luz un hijo, y lo llamará Emanuel.

En este pasaje de Isaías, el profeta anuncia que una doncella—*almah*, que en hebreo significa 'una mujer muy joven'—va a ser la Madre del Mesías. Por supuesto, el Mesías es el Rey Eterno de Israel. Por lo tanto su madre está destinada a ser la Reina de Israel, ya que tradicionalmente la madre del Rey (en hebreo, *gebirah*) era considerada la Reina en el antiguo Israel.

Miqueas 5, 1-2 — Y tú, Belén Efratá, tan pequeña entre los clanes de Judá, de ti me nacerá el que debe gobernar a Israel: sus orígenes se remontan al pasado, a un tiempo inmemorial. Por eso, el Señor os abandonará hasta el momento en que dé a luz la que debe ser madre; entonces el resto de sus hermanos volverá junto a los israelitas.

La profecía de Miqueas muestra dos puntos importantes: en el misterio del propósito de Dios para Israel, El ha decidido ser su Rey eterno. El Mesías antecede a su gente desde el principio de los tiempos, aún antes de la fundación del mundo. Cuando Jesús fue crucificado, Poncio Pilato clavó en la Cruz un cartel escrito en latín, griego y hebreo (Juan 19, 19-22). Este cartel decía: “Jesús el Nazareno, Rey de los Judíos”. La forma más común de decir esto en hebreo sería: *Yeshua Ha-nazarei W'melech Ha-yehudim*. Las iniciales de estas palabras en hebreo forman el Nombre de Dios, el Tetragrammaton YHWH, el nombre del Rey Eterno de Israel (1^{ra} Samuel 8, 1-9). Cuando Jesús fue ungido como el Mesías, su madre automáticamente pasó a ser la *gebirah*, la Reina Madre de Israel. Este hecho innegable tiene consecuencias inevitables: la Reina debe vivir para siempre y debe sentarse a la diestra del trono eterno del Mesías, así la primera Reina de Israel, la madre de Salomón, se sentó al lado de su hijo el Rey.

Sería inconcebible que la mujer destinada a ser la Reina Eterna de Israel fuera manchada, o que llegara a ser la mujer de un hombre que no fuera su legítimo esposo. Esto nos trae a la mente la muerte de Adonías (1^{ra} Reyes 2, 19-27), quien fue ejecutado por Salomón por meramente solicitar en matrimonio a la viuda del rey David. Es bíblicamente obvio que la Reina Eterna de Israel, la Madre del Mesías, debe ser también eternamente pura, así como el Arca de la Alianza no debía ser tocada, so pena de muerte para los transgresores. (2^{da} Samuel 6, 6-7; Ester 7, 1-10).

Ezequiel 44, 1-2 — El hombre me hizo volver en dirección a la puerta exterior del

Santuario, la que miraba hacia el oriente, y esa puerta estaba cerrada. Entonces el Señor me dijo: “Esta puerta permanecerá cerrada. No será abierta, y nadie entrará por ella, porque el Señor, el Dios de Israel, ha entrado por ella. Por eso permanecerá cerrada.

En esta parte de Ezequiel encontramos un modelo profético de la Virgen María. Ella debe ser visitada solamente por el Espíritu Santo, su Esposo, y por el Príncipe, que es Cristo, el Príncipe de Paz. Él ha nacido mientras la virginidad de la Reina es milagrosamente preservada. Este es el signo al que se alude en Isaías 7, 14. María permanece como Reina de Israel, la Madre de Cristo el Rey, para siempre virgen.

María y los Hermanos de Jesús

¿Quiénes son estos “hermanos” de Jesús que se mencionan en los Evangelios?

Marcos 6, 1-4 — Jesús salió de allí y se dirigió a su pueblo, seguido de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga, y la multitud que lo escuchaba estaba asombrada y decía: “¿De dónde saca todo esto? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada y esos grandes milagros que se realizan por sus manos? ¿No es acaso el carpintero, el hijo de María, *hermano* de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus *hermanos* no viven aquí entre nosotros?” Y Jesús era para ellos un motivo de escándalo. Por eso les dijo: “Un profeta es despreciado solamente en su pueblo, en su familia y en su casa”.

Para entender estos versículos debemos tener en cuenta que los Evangelios fueron traducidos de los lenguajes originales hablados por los protagonistas principales. Jesús, su familia y sus discípulos hablaban en arameo. Ese era el lenguaje natural en la Palestina del primer siglo. Como en muchas otras partes del Mediterráneo gobernadas por los romanos, en ciertos círculos se hablaba además el griego y el latín (Juan 19, 19-22). En hebreo y en arameo, no existe una palabra específica para “hermano”. La palabra hebrea *aj* es traducida al griego como *adelphos* (también *adelphoi*), el equivalente más cercano que existe en ese idioma, y que significa “hermano”. Es por eso que aparece traducida como “hermano” en las traducciones modernas, que traducen de los manuscritos griegos que nos han llegado.⁶

El término *aj* se usa en arameo y en hebreo para indicar una relación familiar o una amistad muy cercana. San Pablo llega a usar la palabra *pseudo-adelphos* “falso hermano” cuando se refiere a sus compatriotas judíos que pretendían ser hermanos cristianos cuando en realidad querían transformar las congregaciones cristianas en cultos judíos (Gálatas 2, 4). En realidad la palabra *adelphos*, significa “hermano” en su sentido más amplio y no puede ser traducida consistentemente para identificar a los hijos de una madre y un padre. Si así se hiciera, muchos pasajes de la Biblia no tendrían ningún sentido. Hoy día hacemos un uso muy similar de la palabra “hermano” en español. Por ejemplo, cuando oímos decir una frase como “sería hermoso que todos los hombres llegaran a ser hermanos”, sería absurdo inferir que “todos los hombres” implica solamente a hijos naturales de una misma mujer. En la Biblia, encontramos muchos usos de las palabras *adelphos* y *adelphoi*. Cuando todos esos pasajes son considerados es fácil ver la manera en que la palabra es usada. De hecho, muchos de estos pasajes no tendrían sentido si *adelphos* fuera entendido como “hermano carnal” y no en el sentido más amplio, como pariente cercano, familiar o en relación a la hermandad religiosa.

Lucas 1, 36 — También tu *parienta* Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada

imposible para Dios.

Isabel es una parienta cercana de María. Aunque algunas traducciones de la Biblia usan el término “prima” (*anepsios*) en este verso, tal uso es impropio pues en hebreo y arameo no existe ninguna palabra que tenga el mismo significado que “prima”.

Lucas 22, 32 — [...] pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, después que hayas vuelto, confirma a tus *hermanos* [...]

Es obvio que Pedro no recibió instrucciones de Jesús de ir y confirmar solamente a sus hermanos carnales. Jesús se refiere claramente a los hermanos y hermanas de Pedro en la comunidad cristiana.

Hechos 1, 14-15 — Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus *hermanos*. Uno de esos días, Pedro se puso de pie en medio de los *hermanos*—los que estaban reunidos eran alrededor de ciento veinte personas [...]

Es obvio que Jesús no pudo haber tenido ciento veinte hermanos carnales, sería absurdo afirmar tal cosa. Vea también Hechos 7, 26; 28, 17 entre otros ejemplos en los que *adelphoi* es usado para indicar hermandad en su sentido más amplio.

Génesis 14, 14-16 — Al enterarse de que su *pariente* Lot había sido llevado cautivo, Abram reclutó a la gente que estaba a su servicio—trescientos dieciocho hombres nacidos en su casa—y persiguió a los invasores hasta Dan. El y sus servidores los atacaron de noche y después de derrotarlos, los persiguieron hasta Jobá, al norte de Damasco. Así Abram recuperó todos los bienes, lo mismo que a su *pariente* Lot con su hacienda, las mujeres y la gente.

He aquí otro ejemplo, que tomamos esta vez del Antiguo Testamento. En este caso, cuando los sabios hebreos tradujeron el Antiguo Testamento al griego común que se hablaba en el mundo antiguo usaron la palabra “primo” (*anepsios*) (Génesis 11, 26-28). Sin embargo se llama a Lot el “hermano” (*adelphos*) de Abram en Génesis 29, 15. Como éste, hay muchos ejemplos similares en el Antiguo Testamento (2^{da} Samuel 1, 26, 1^{ra} Reyes 9, 13).

Lucas 2, 41-51 —Sus padres iban todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando el niño cumplió doce años, subieron como de costumbre, y acababa la fiesta, María y José regresaron, pero Jesús permaneció en Jerusalén sin que ellos se dieran cuenta. Creyendo que estaba en la caravana, caminaron todo un día y después comenzaron a buscarlo entre los parientes y conocidos. Como no lo encontraron, volvieron a Jerusalén en busca de él. Al tercer día, lo hallaron en el Templo en medio de los doctores de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que le oían estaban asombrados de su inteligencia y sus respuestas. Al ver, sus padres

quedaron maravillados y su madre le dijo: “Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados”. Jesús les respondió: “¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?” Ellos no entendieron lo que les decía. El regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba estas cosas en su corazón.

El Evangelista San Lucas no menciona a ningún hermano de Jesús en este detallado relato del encuentro de Jesús en el Templo. De hecho, San Marcos habla de Jesús y usa la frase “el hijo de María” (Marcos 6, 3) en el singular. Ni Lucas, ni Marcos mencionan para nada a hermanos carnales de Jesús. Muchos arguyen que dichos hermanos pudieran haber sido hijos de José, quien pudiera haber sido un viudo. Sin embargo, es casi seguro que José fue hombre célibe, manteniéndose virgen tal como María. Tiene mucho sentido y es de esperarse que la Sagrada Familia estuviera completamente consagrada a Dios, tal como Jesús lo estaba. De hecho, esto tendría perfecto sentido considerando la pregunta de María al ángel en Lucas 1, 34.

Marcos 6, 3 — “¿No es acaso el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanos no viven aquí entre nosotros?” Y Jesús era para ellos un motivo de escándalo.

En este versículo encontramos cuatro hombres que son llamados hermanos de Jesús. Algunos lo citan como prueba definitiva de que María tenía otros hijos. Por supuesto este es otro caso en el que la palabra *adelphos* se traduce en el sentido amplio de la palabra castellana “hermano”. Aún así, Si asumimos que Santiago, José, Judas y Simón son hermanos carnales de Jesús, entonces debemos tener en cuenta o suponer al menos la existencia de dos hermanas que no se mencionan por nombre en este pasaje. Eso elevaría el número total de hermanos y hermanas carnales de Jesús a seis.

Al tiempo de dar su sermón en la sinagoga sabemos que Jesús tenía unos treinta años (Lucas 3, 23). Ahora bien, para que María como “doncella” cumpliera con la profecía de Isaías 7, 14, debiera haber tenido unos dieciséis años al tiempo del nacimiento de Jesús. Sumando, su edad sería de alrededor de 46 años al tiempo en que Jesús comenzó su ministerio predicando en la sinagoga. Los cuatro hombres que se mencionan aquí son lo suficientemente crecidos como para ser reconocidos como miembros adultos de la comunidad. Sin embargo sabemos que, aún si María hubiese tenido cuatro hijos varones y al menos dos mujeres en rápida sucesión después del nacimiento de Jesús, todos ellos por fuerza deberían ser menores de treinta años de edad al tiempo en que Jesús comenzó su ministerio. Para las costumbres de la época, esa edad no era plenamente adulta aún, pero si suficientemente avanzada como para que los hermanos se ocuparan del cuidado de su madre si el hermano mayor moría. Sin embargo, cuando Jesús muere, ¡confía su madre al cuidado de San Juan, que es mucho menor en edad! (Juan 19, 27) ¡Tal acción por parte del primogénito hubiera sido inconcebible en el contexto de la sociedad judía de aquellos tiempos! Imaginemos a una mujer, que es madre de por lo menos siete hijos,

¡siendo abandonada por su propia descendencia y no teniendo otro recurso que ser dejada al cuidado de la familia de un joven amigo de su hijo mayor! Eso hubiera sido un verdadero escándalo que los escritores del Evangelio no hubieran dejado de mencionar.

Además en Juan 19, 25; Mateo 27, 56 y Marcos 15, 47 leemos que Santiago y José son parientes cercanos de Jesús pero no sus hermanos carnales. Allí se los cuenta como hijos de María, la esposa de Cleopas, a quien también se menciona en Mateo 27, 61 y 28, 1 como una mujer del mismo nombre pero distinta de la madre de Jesús. Para mayor complicación, Santiago es llamado “el hijo de Alfeo” en Mateo 10, 3. Como no se menciona a Alfeo en ninguna otra parte de los Evangelios, no hay manera cierta de saber quién fue. Es posible que Alfeo fuera un sobrenombre de Cleopas. Muchas personas en la Biblia usaban un nombre hebreo y otro griego (por ejemplo Pedro, Cefas; Saulo, Pablo).

Finalmente, algunos argüirán que a veces Jesús es llamado el primogénito de María. Esto no implica que María tuviera hijos e hijas adicionales más tarde. En la cultura judía el primogénito era consagrado especialmente a Dios (Exodo 13, 2-12; Exodo 34, 20). Si alguien se refiere a un primogénito, eso no necesariamente significa que debe haber hijos adicionales.

Asumir que Jesús tuvo hermanos carnales crea una serie de problemas y contradicciones que son imposibles de clarificar. Simplemente no hay manera—lógica o bíblica—de negar el hecho de que Jesús fue el único hijo de María y que no tuvo hermanos carnales.

María Purísima, Nunca Pecó

Cuando Adán y Eva pecaron, condenando a sus descendientes al pecado y a la muerte, Dios reveló su plan para redimir a la humanidad a través del misterio de la Encarnación. En su divina sabiduría Dios decidió nacer de una mujer. Esta mujer extraordinaria que El seleccionó desde el principio de los tiempos para ser su madre, es la Virgen María.

Lucas 1, 26-30 — En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: “¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo”. Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.”

El ángel le dijo a María que ella iba a ser la Madre del Mesías y que Dios la había elegido para esta importante y santa misión. Debería ser obvio para todos los creyentes que Dios en su inconcebible pureza y santidad, no podría habitar el seno de una mera pecadora. Sin embargo, hay quienes arguyen que María fue simplemente una criatura pecaminosa como cualquier otra, manchada por los efectos del pecado original como cualquier otra hija de Eva.

Romanos 3, 20-26 — Porque a los ojos de Dios, nadie será justificado por las obras de la Ley, ya que la Ley se limita a hacernos conocer el pecado. Pero ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la Ley y los Profetas: la justicia de Dios, por la fe en Jesucristo, para todos los que creen. Porque no hay ninguna distinción: todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención cumplida en Cristo Jesús. El fue puesto por Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, gracias a la fe. De esa manera, Dios ha querido mostrar su justicia: en el tiempo de la paciencia divina, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, y en el tiempo presente, siendo justo y justificado a los que creen en Jesús.

Algunos usan este versículo aisladamente (“todos pecaron,”) en un crudo intento de probar que María no pudo haber sido concebida sin pecado, ya que eso introduciría una contradicción en las Santas Escrituras. Este argumento no considera el contexto de las palabras de San Pablo. Cuando leemos toda la Carta de San Pablo a los Romanos, vemos claramente que San Pablo está hablando de la humanidad en general. Si tomáramos el versículo 23 como una regla absoluta que declara que todo humano sin excepción es un pecador insigne, entonces hasta Jesús caería en esa categoría. ¡Y eso sí introduciría una contradicción bíblica de proporciones!

Al leer el contexto entero del capítulo tres de la Carta a los Romanos, podemos entender claramente que (a) Dios en su Gracia tiene el poder de perdonar las transgresiones, y (b) que ningún humano por su propio esfuerzo puede ser justificado completamente ante Dios. La palabra clave para entender la situación es “gracia”. La gracia de Dios es lo que hace posible la justificación humana. María es “llena de gracia” (Lucas 1, 26-30) y eso no resulta de su propio esfuerzo sino como un acto de Dios completamente inmerecido, quien prepara a María por adelantado para que sea la Nueva Eva, el Arca de la Nueva Alianza, la esposa del Espíritu Santo y la Madre de Dios Hijo. Avanzando en la lectura de la Carta a los Romanos hallamos que San Pablo ilustra este punto usando las vidas de Esaú y Jacob, los hijos de Isaac.

Romanos 9, 11-16 — Antes que nacieran los niños, antes que pudieran hacer el bien o el mal—para que resaltara la libertad de la elección divina, que no depende de las obras del hombre, sino de aquel que llama—Dios le dijo a Rebeca: El mayor servirá al menor, según lo que dice la Escritura: Preferí a Jacob, en lugar de Esaú. ¿Diremos por eso que Dios es injusto? ¡De ninguna manera! Porque él dijo a Moisés: “Seré misericordioso con el que yo quiera, y me compadeceré del que quiera compadecerme”. En consecuencia, todo depende no del querer o del esfuerzo del hombre, sino de la misericordia de Dios.

Dios en su infinita sabiduría seleccionó a Jacob para ser ancestro del Mesías. Esa gracia le fue dada a Jacob sin mérito alguno de su parte. Fue simplemente Dios actuando en él para beneficio de la humanidad. No hay razón alguna por la que Dios no aplique el mismo principio destinando a María, quien ha sido separada para servir a Dios en una posición mucho más privilegiada que el patriarca Jacob.

Cuando San Pablo escribe “todos pecaron”, se refiere solamente a aquellos capaces de cometer pecados. María, sin embargo fue eximida del pecado original por Dios y no por sus propios medios. Se la libró de la mancha del pecado, en preparación para el papel singular que debía protagonizar en la salvación de la humanidad. ¿Puede Dios hacer una cosa así? Sí, El es perfectamente capaz de hacerlo. El sacrificio de Jesús ocurre “una vez para siempre”, es eterno y rescata a la gente que vivió antes y que vivirá después de su muerte en la Cruz.

San Pablo dice también: “El [Dios] justifica a quienes ponen su fe en Jesús”. Esto fue hecho por María de una manera perfecta, pues era necesario para la salvación de la humanidad. Solo que en el caso de María esto fue hecho por adelantado. Ella es la primera que pone su fe en el medio de salvación de Dios cuando dice: “Que así ocurra, de acuerdo con tu palabra.” (Lucas 1, 38)

Romanos 3, 11-18 — No hay nadie que comprenda, nadie que busque a Dios. Todos están extraviados, igualmente corruptos; nadie practica el bien, ni siquiera uno solo. Su garganta es un sepulcro abierto; engañan con su lengua, sus labios destilan veneno de víboras, su boca está llena de maldición y amargura. Sus pies son rápidos para

derramar sangre, en sus caminos hay ruina y miseria, no conocen la senda de la paz. El temor de Dios no está ante sus ojos”.

Aquí San Pablo cita el Salmo 14 para enseñar que los malvados son todos pecadores sin excepción. El mismo salmo muestra que los justos son aquellos que viven vidas rectas. Ni San Pablo, ni el salmista intentaron jamás enseñar que todos los humanos sin excepción son completamente inicuos. Hay muchísimas personas en la Biblia que son considerados rectos y justos a pesar de haber heredado, como todos, el pecado original.

Lucas 18, 18-26 — Un hombre importante le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la Vida eterna?” Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno. Tú conoces los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre”. El hombre le respondió: “Todo esto lo he cumplido desde mi juventud”. Al oírlo, Jesús le dijo: “Una cosa te falta todavía: vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme”. Al oír estas palabras, el hombre se entristeció, porque era muy rico. Viéndolo así, Jesús dijo: “¿Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios! Sí, es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios”. Los que escuchaban dijeron: “Pero entonces, ¿quién podrá salvarse?”

Muchos citan el dicho por Jesús registrado en Lucas 18, 19: “Nadie es bueno, sino solamente Dios”, y de esa manera arguyen que María no pudo haber sido perfectamente buena. Una vez más debemos llamar la atención al contexto. Jesús termina esa enseñanza diciendo: “Pero lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.” Fue el Todopoderoso quien derramó su gracia sobre María haciéndola perfecta para recibir en su seno la vida de su Creador. Es justamente por eso que el ángel la llama “llena de gracia”

Lucas 1, 47-48 — Mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz.

María misma declara que ella ha sido salvada por Dios. También menciona su “pequeñez”. Algunos ven en esto una admisión de pecaminosidad pero si hubiera tal admisión, sería contraria a lo que el ángel acababa de decirle. María realmente puede llamar a Dios su salvador porque, cuando ella estaba aún en el seno de su madre, Dios no permitió que sufriera el destino común de la humanidad. A María le fue dada la gracia extraordinaria de la salvación por adelantado, de manera que pudiera estar lista para su especial vocación. La humilde admisión de su pequeñez no es una admisión de pecado porque cada criatura es pequeña en comparación con Dios. Jesús dice “Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, porque soy manso y de corazón humilde, y encontraréis refrigerio para vuestras almas” (Mateo 11, 29) Admitir la propia pequeñez es un signo de santidad y no una admisión de pecado.

Mateo 1, 18-25 — Y el nacimiento de Jesucristo fué así: Que siendo María su madre desposada con José, antes que se juntasen, se halló haber concebido del Espíritu Santo. Y José su marido, como era justo, y no quisiese infamarla, quiso dejarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí el ángel del Señor le aparece en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir á María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará á su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo que fué dicho por el Señor, por el profeta que dijo: He aquí la virgen concebirá y dará a luz un hijo, Y llamarás su nombre Emmanuel, que declarado, es: Con nosotros Dios. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió á su mujer. Y no la conoció hasta que dió a luz á su hijo primogénito: y llamó su nombre Jesús. (RV1909)

¿Significa esto que José tuvo relaciones maritales con María después que Jesús nació? La expresión “Y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito” que aparece en algunas traducciones de la Biblia, pareciera indicar eso. Sin embargo encontramos la misma expresión en 2^{da} Samuel 6, 23 y en varias otras partes de la Biblia. Ahí dice que Mijal permaneció “sin hijos hasta el día de su muerte”. Eso obviamente no significa que Mijal tuvo hijos después de muerta. Muchos malentienden el temor de José, y asumen que él dudaba de la pureza de María. Sin embargo María estaba comprometida en matrimonio con José y es muy probable que informara a su futuro esposo de lo que el ángel le había profetizado.

Unos seis meses antes, el ángel le había anunciado a los parientes de María, Zacarías e Isabel, que ellos iban a tener un hijo (Lucas 1, 5-25). Sabiendo eso, José podía fácilmente figurarse que algo estaba pasando y Dios estaba actuando visiblemente en sus vidas.

Las noticias de María seguramente pusieron santo temor en el corazón de José. ¡El no se atrevería a tocar a la mujer que Dios había separado para ser su Tabernáculo Viviente! Solo cuando el ángel le aseguró en un sueño, él obedientemente aceptó su misión de ser el guardián humano y padre putativo del Mesías, completando de este modo la Sagrada Familia, tres personas vírgenes completamente dedicadas a hacer la voluntad de Dios.

María ¿Fue Reprendida por Jesús?

Aquellos que leen las Sagradas Escrituras sin conocimiento de los lenguajes bíblicos, caen a veces en serios errores de interpretación del texto. Un buen ejemplo de interpretación errada es la “reprensión” de Jesús a María al tiempo de la boda de Caná de Galilea. ¿Le faltó Jesús al respeto a su madre alguna vez? ¿Reprendió Jesús a María? No, Jesús nunca hizo tal cosa. El es el Hijo de Dios y como tal, en su naturaleza humana representó la perfección de lo que un hijo debiera ser. El nunca falló en honrar a María, porque vino al mundo para cumplir la Ley de Dios en forma perfecta y total. (Deuteronomio 5, 16).

Juan 2, 1-12 — Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino”. Jesús le respondió: “Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía”. Pero su madre dijo a los sirvientes: “Haced todo lo que El os diga”. Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. Jesús dijo a los sirvientes: “Llenad de agua estas tinajas”. Y las llenaron hasta el borde. “Sacad ahora, agregó Jesús, y llevadle al encargado del banquete”. Así lo hicieron. El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo y les dijo: “Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento”. Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. Después de esto, descendió a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y permanecieron allí unos pocos días.

Para no olvidar el contexto inmediato de este episodio, examinemos el reporte de San Juan. Debemos recordar que el Evangelio de San Juan hace uso de muchos símbolos para señalar a la misión esencial de Jesús. Aquí Jesús está al principio de su ministerio, que comienza con una fiesta, en este caso una boda. Más tarde finalizará su obra en otra cena, la fiesta de la Pascua. Una unión es el motivo de ambas celebraciones. Primero la boda de sus amigos en Caná y luego la Primera Comunión entre Cristo y sus discípulos en la Última Cena. En ambos pasajes el vino es un símbolo prominente.

Durante la boda la familia se queda sin vino. Esto es para ellos algo embarazoso. De alguna manera María se entera del problema y se acerca a Jesús, haciéndole saber que no hay más vino para la fiesta. Jesús responde a su madre con las palabras: “Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía.”⁷ En otras traducciones de la Biblia la frase es traducida así: “Jesús le dijo a ella, '¿En qué nos concierne eso, mi señora? Mi hora aún no ha llegado.'”⁸ El término griego *γυναί* (*gunai*) no es de manera alguna irrespetuoso. Por el contrario es el equivalente de “señora” en el español

moderno. La expresión “¿qué tenemos que ver nosotros?” vertida a veces como “¿qué tengo que ver contigo, mujer?” es usada en otras partes de la Biblia. In 1^{ra} Reyes 17, 18 la viuda de Sarepta usa la misma expresión para pedirle al profeta Elías que cure a su hijo: Entonces la mujer dijo a Elías: “¿Qué tengo que ver yo contigo, hombre de Dios? ¡Has venido a mi casa para recordar mi culpa y hacer morir a mi hijo!”. Es obvio que la pobre viuda no estaba siendo irrespetuosa con el profeta que le había demostrado tan claramente ser un hombre de Dios.

Lucas 8, 27-31 — Jesús acababa de desembarcar, cuando salió a su encuentro un hombre de la ciudad, que estaba endemoniado. Desde hacía mucho tiempo no se vestía, y no vivía en una casa, sino en los sepulcros. Al ver a Jesús, comenzó a gritar, cayó a sus pies y dijo con voz potente: “¿Qué quieres de mí, Jesús, Hijo de Dios, el Altísimo? Te ruego que no me atormentes”. Jesús, en efecto, estaba ordenando al espíritu impuro que saliera de aquel hombre. Muchas veces el espíritu se había apoderado de él, y aunque lo ataban con cadenas y grillos para sujetarlo, él rompía sus ligaduras y el demonio lo arrastraba a lugares desiertos. Jesús le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?” “Legión”, respondió, porque eran muchos los demonios que habían entrado en él. Y le suplicaban que no les ordenara precipitarse al abismo.

En otro pasaje bien conocido los demonios se dirigen a Jesús de la misma manera, “¿Qué quieres de mí, Jesús, Hijo de Dios, el Altísimo? Te ruego que no me atormentes “ Obviamente los demonios no están siendo irrespetuosos con Jesús, porque saben muy bien que Cristo tiene el poder de enviarlos a donde no quieren ir.

De la misma manera en su respuesta a María, Jesús trata a su madre con especial deferencia llamándola “mi señora” (*gunai*) en frente de sus discípulos. Esa es la manera apropiada en que el Rey de Israel se dirige a la *gebirah*, la Reina de Israel. Jesús hace esto ante sus discípulos, revelándoles que María merece ser tratada de manera especial, con la gracia que corresponde a la Reina de la Iglesia de la cual su Hijo es Rey. Recordemos que este es el comienzo del ministerio de Jesús y que todos están pendientes de cada uno de sus movimientos y palabras. De hecho, San Juan se refiere a esta acción de Jesús, “el primero de sus signos”.

Después que María le alerta del problema, Jesús procede a resolverlo milagrosamente por medio de convertir en vino el agua reservada para las abluciones ceremoniales. Esto apunta al poder purificador de la sangre de Jesús y al derramamiento del Espíritu Santo sobre toda la Iglesia como resultado del sacrificio de Cristo (Hechos 2, 12-13; Hechos 2, 1-21). Jesús, Novio de la Iglesia, ha reservado la mejor bendición para el final. El “vino viejo” de la Antigua Alianza se agota y ahora el “nuevo vino” de la “Nueva Alianza” lo reemplaza. Contra toda expectativa el “vino nuevo” es mejor que el “vino viejo”—Ver Lucas 5, 34-39 donde Jesús se compara a sí mismo con el novio que provee vino para sus amigos en su boda.

El pasaje es un buen ejemplo que muestra cómo todas las bendiciones que vienen de

Jesús llegan a la humanidad por María, la Santísima Madre de Dios. Ella estará siempre llamando la atención de Dios a las necesidades de la humanidad a través de su propia humanidad. Ella comparte nuestros problemas, dolores y preocupaciones, intercediendo amorosamente por los hijos e hijas de Eva que ella ahora adopta como propios. Al darle el nombre *gunai*, Jesús también nos enseña el destino de María de ser la madre de todos los que viven en Cristo. El lo hace por medio de usar la misma palabra usada en Génesis 3, 15 cuando Dios le dice a la Serpiente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer” (*gunai*, en la *Versión Septuaginta*.)⁹ Ciertamente, Jesús no reprende aquí a María, ni es irrespetuoso con ella. Por el contrario, El nos muestra el dignísimo estado que María tiene delante de Dios.

Mateo 12, 46-50 — Todavía estaba hablando a la multitud, cuando su madre y sus hermanos, que estaban afuera, trataban de hablar con él. Alguien le dijo: “Tu madre y tus hermanos están ahí afuera y quieren hablarte”. Jesús le respondió: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Y señalando con la mano a sus discípulos, agregó: “Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”.

Marcos 3, 31-35 — Entonces llegaron su madre y sus hermanos y, quedándose afuera, lo mandaron llamar. La multitud estaba sentada alrededor de Jesús, y le dijeron: “Tu madre y tus hermanos te buscan ahí fuera”. El les respondió: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Y dirigiendo su mirada sobre los que estaban sentados alrededor de él, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos. Porque el que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”.

Lucas 8, 19-21 — Su madre y sus hermanos fueron a verlo, pero no pudieron acercarse a causa de la multitud. Entonces le anunciaron a Jesús: “Tu madre y tus hermanos están ahí afuera y quieren verte”. Pero él les respondió: “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la practican”.

Lucas 11, 27-28 — Cuando Jesús terminó de hablar, una mujer levantó la voz en medio de la multitud y le dijo: “¡Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!”. Jesús le respondió: “Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican”.

Aquí la palabra griega *μενουνυε* (*menounye*) se traduce como “más bien”. Esta palabra afirmativa significa literalmente “además” or “aún más allá” ¹⁰ Jesús está de acuerdo con la mujer que bendijo a María. Pero también explica que aquellos que escuchan y practican la Palabra de Dios pueden compartir las mismas bendiciones por medio de seguir el ejemplo perfecto de María (ver Lucas 1, 48). Para los presentes en aquel momento, esta frase de Jesús nunca podría haber sido interpretada como una reprimenda a María. Aquí Jesús apenas había terminado de relatar la parábola del sembrador (Lucas 8, 5-15). En ese contexto Jesús le enseña a la audiencia que tienen que ser como María. Como el “terreno fértil” de la parábola, ella da buenos frutos por medio de obedecer a

Dios de manera perfecta. Jesús conduce a la mujer que lo alababa en la dirección correcta: Las bendiciones de Dios no vienen meramente por ser parte del pueblo elegido —aunque eso también es una bendición—sino que bendiciones todavía más grandes vienen de obedecer a Dios. María es el ejemplo perfecto de un ser humano dedicado a la voluntad de Dios. Y así, Jesús no reprende a su madre ni es irrespetuoso con ella: sino que la exalta a ella y a su misión.

Exodo 20, 12 — Honra a tu padre y a tu madre, para que tengas una larga vida en la tierra que el Señor, tu Dios, te da.

Deuteronomio 5, 16 — Honra a tu padre y a tu madre, como el Señor, tu Dios, te lo ha mandado, para que tengas una larga vida y seas feliz en la tierra que el Señor, tu Dios, te da.

Efesios 6, 1-3 — Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor porque esto es lo justo, ya que el primer mandamiento que contiene una promesa es este: Honra a tu padre y a tu madre, para que seas feliz y tengas una larga vida en la tierra.

Jesús no pudo haber sido irrespetuoso con su madre porque eso hubiera sido una violación del Cuarto Mandamiento. Desde su infancia El fue perfectamente obediente a sus padres terrenales (Lucas 2, 51). El tenía que cumplir perfectamente la Ley de Moisés para poder ser el sacrificio perfecto y sin culpa. Jesús dice de sí mismo:

Mateo 5, 17-19 — No penséis que vine para abolir la Ley o los Profetas: yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Os aseguro que no desaparecerá ni una coma de la Ley, antes que desaparezcan el cielo y la tierra, hasta que todo se realice. El que no cumpla el más pequeño de estos mandamientos, y enseñe a los otros a hacer lo mismo, será considerado el menor en el Reino de los Cielos. En cambio, el que los cumpla y enseñe, será considerado grande en el Reino de los Cielos.

Concluimos que todos estos párrafos de la Escritura que son entendidos equivocadamente como si presentaran a Jesús reprendiendo a María, significan en realidad lo contrario. Las antiguas lenguas en las que la Biblia fue escrita son difíciles de vertir al lenguaje moderno. Es por eso que—si queremos entender el verdadero significado de estos pasajes—debemos profundizar nuestro conocimiento de la Sagrada Escritura confiando en la sabiduría del Magisterio de la Iglesia.

Asunción de María a los Cielos

Cuando gente mal informada cuestiona el dogma de la Asunción de María a los cielos, lo hacen creyendo que no hay evidencia bíblica de ese evento. En la Biblia hay un relato de la Ascensión de Jesús pero no se hace mención alguna de la Asunción de la Virgen María ¿Cómo sabe la Iglesia de la Asunción de María a los cielos?

Hechos 1, 1-12 — En mi primer libro, querido Teófilo, me referí a todo lo que hizo y enseñó Jesús, desde el comienzo, hasta el día en que subió al cielo, después de haber dado, por medio del Espíritu Santo, sus últimas instrucciones a los apóstoles que había elegido. Después de su Pasión, Jesús se manifestó a ellos dándoles numerosas pruebas de que vivía, y durante cuarenta días se le apareció y les habló del Reino de Dios. En una ocasión, mientras estaba comiendo con ellos, les recomendó que no se alejaran de Jerusalén y esperaran la promesa del Padre: “La promesa, les dijo, que yo os he anunciado. Porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo, dentro de pocos días”. Los que estaban reunidos le preguntaron: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?” El les respondió: “No os corresponde a vosotros conocer el tiempo y el momento que el Padre ha establecido con su propia autoridad. Pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”. Dicho esto, los Apóstoles lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos. Como permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Hombres de Galilea, ¿por qué seguís mirando al cielo? Este Jesús que os ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo habéis visto partir”. Los apóstoles regresaron entonces del Monte de los Olivos a Jerusalén: la distancia entre ambos sitios es la que está permitida recorrer en día sábado.

Leyendo cuidadosamente este párrafo los creyentes cristianos establecen que Jesús ascendió a los cielos en la presencia de unas quinientas personas. Esto fue seguido inmediatamente por la aparición de dos ángeles. Las tradiciones locales hasta indican el lugar donde esto sucedió.

A través de la historia y hasta nuestros días, ha habido muchos cuestionamientos a la resurrección de Jesús. Los escépticos siempre han propuesto razonamientos alternativos. El más común y antiguo es que el cuerpo de Jesús fue tomado por los discípulos, que lo escondieron para “falsificar” una resurrección y hacer que el impostor pareciera ser el Mesías. (Mateo 27, 62-66) Al principio, algunos de los discípulos de Jesús encontrando la tumba vacía, pensaron que sus enemigos habían sustraído el cuerpo del Señor (Juan 20, 1-2).

La evidencia histórica que hoy tenemos, muestra muy claramente que los integrantes de

ese pequeño grupo de creyentes judíos evangelizaron el mundo, aun al costo de sus vidas. Esa es difícilmente la conducta de unos mentirosos que falsifican una resurrección para comenzar una religión falsa. Todos menos uno de los apóstoles sufrieron el martirio. Es difícil creer que haya gente que sea capaz de llegar al punto de sufrir torturas horribles y morir para perpetuar un fraude. Hay una sola manera razonable de explicar los eventos que siguieron a la muerte de Cristo: la resurrección ocurrió. Luego, los discípulos llevaron el fuego del Evangelio de Jesús a cada rincón de la tierra, porque tenían pruebas más que suficientes de que su Señor había resucitado.

Así explicamos la resurrección de Jesús pero todavía no tenemos ningún reporte de qué pasó con María. En realidad tenemos un reporte indirecto: el cuerpo de María no está en ningún lado. Ahora no tenemos una tumba vacía. ¡Tenemos dos!

Es bien conocido por los historiadores en general, que los cristianos guardaban con amor y reverencia las reliquias de los santos. Partes del cuerpo, huesos, cabello y efectos personales de los santos mártires fueron cuidadosamente preservados y atesorados por siglos. Conocemos dónde están las sepulturas de la mayoría de los apóstoles. También sabemos donde están los sepulcros de algunos de los mártires del primer y segundo siglo.

¿Es posible que, de alguna manera, los cristianos de la primera hora fueran negligentes en registrar dónde quedó enterrada María? Otra vez estamos frente a una evidencia indirecta de que María tuvo un destino diferente al de todos los otros santos del cristianismo primitivo.

En la Biblia se registran otras asunciones celestiales. Enoc y Elías fueron asumidos a los cielos (Hebreos 11, 5; 2^{da} Reyes 2, 11). En Mateo 27, 52-53 se relata como los cuerpos de los santos dejaron sus sepulturas después de la muerte de Cristo. Estas resurrecciones tempranas prefiguraron la resurrección de todos aquellos que, hasta hoy, mueren fieles a la Nueva Alianza de Cristo. La Asunción de María no es nada más que el creer fielmente que Dios le dió la gracia de ser resucitada al igual que otros en el pasado. ¡La Biblia promete eso aún a nosotros los pecadores!

Romanos 8, 10-17 — Pero si Cristo vive en vosotros, aunque el cuerpo esté sometido a la muerte a causa del pecado, el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por medio del mismo Espíritu que habita en vosotros. Hermanos, nosotros no somos deudores de la carne, para vivir de una manera carnal. Si vosotros vivís según la carne, moriréis. Al contrario, si hacéis morir las obras de la carne por medio del Espíritu, entonces viviréis. Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios. El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos,

herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque sufrimos con él para ser glorificados con él.

Aquí el apóstol San Pablo nos promete a nosotros, pecadores, que aquellos que sufren con Cristo serán glorificados con Él. ¿No sería extraño que la mujer que aceptó sufrir con Cristo—la Madre de Dolores—recibiera un tratamiento diferente de parte de Dios? (ver Lucas 2, 34-35) Está perfectamente claro que aquella que consagró su vida para servir singularmente a Dios, para ser la Madre del Mesías, recibió un tratamiento especial, como muchos otros santos hombres y mujeres de tiempos antiguos.

1^{ra} Corintios 3, 7-14 — Ni el que planta ni el que riega valen algo, sino Dios, que hace crecer. No hay ninguna diferencia entre el que planta y el que riega; sin embargo, cada uno recibirá su salario de acuerdo con el trabajo que haya realizado. Porque nosotros somos cooperadores de Dios, y vosotros sois el campo de Dios, el edificio de Dios. Según la gracia que Dios me ha dado, yo puse los cimientos como lo hace un buen arquitecto, y otro edifica encima. Que cada cual se fije bien de qué manera construye. El fundamento ya está puesto y nadie puede poner otro, porque el fundamento es Jesucristo. Sobre él se puede edificar con oro, plata, piedras preciosas, madera, pasto o paja: la obra de cada uno aparecerá tal como es, porque el Día del Juicio, que se revelará por medio del fuego, la pondrá de manifiesto; y el fuego probará la calidad de la obra de cada uno. Si la obra construida sobre el fundamento resiste la prueba, el que la hizo recibirá la recompensa.

Si estamos de acuerdo con la enseñanza de San Pablo, no tenemos más que considerar el papel de María en la historia de la salvación para concluir que su recompensa tenía que ser tan singular como su misión.

Muchos confunden el Nuevo Testamento con una crónica que debe incluir todo lo que ocurrió en la Iglesia. Ese concepto es erróneo. Por ejemplo, el Evangelio de Juan declara que no todas las acciones de Jesús están incluidas en los Evangelios (Juan 21, 25) y muchos creen que hay evidencias de una “carta severa” de San Pablo a los corintios, que se ha perdido (ver 2^{da} Corintios 2, 4). Sería irrazonable concluir que María no fue asumida a los cielos porque el Nuevo Testamento no lo menciona. Debemos recordar que no todas las doctrinas cristianas están expresadas explícitamente en la Biblia.

¿Contradice a la Biblia la Asunción de María? No, para nada. De hecho, el dogma es necesario para confirmar algunas profecías que deben cumplirse.

Si creemos que Jesús resucitó, debemos creer que toda autoridad le fue dada en los cielos y en la tierra (Mateo 28, 16-20). Jesús es el Mesías, glorificado a la diestra de Dios el Padre. ¿Dejaría de dar a su madre el honor y la gloria que le corresponden? ¿Dejaría de honrar a María, violando así el Cuarto Mandamiento? (Vea Gálatas 4, 4). Es imposible concluir que Jesús no amó a su madre lo suficiente como para preservarla de la muerte y la corrupción (comparar con el Salmo 16, 10). ¡Ni siquiera un pecador dejaría que su

propia madre decayera y se corrompiera, si estuviera en su poder evitarlo! ¡Cuánto más haría el Hijo de Dios con su madre!

Por eso decimos que las Sagradas Escrituras necesitan del dogma de la Asunción de María. Para que Jesús sea el Mesías, El debe honrar a su madre perfectamente tanto como le sea posible. Si María hubiera sufrido el destino común a todos los mortales, entonces Jesús hubiera dejado de cumplir la Ley Mosaica. Eso es simplemente inconcebible. El no va a negarle a María lo que Dios le dio a Enoc, Elías y otros hombres y mujeres santos de tiempos antiguos. (Génesis 5, 24; Hebreos 11,5; 2^{da} Reyes 2, 11-12; 1^{ra} Macabeos 2,50-64).

Por eso, podemos estar seguros que el cuerpo de María no conoció la corrupción y fue elevado al cielo. Pero, ¿Qué pasó con ella una vez que llegó a los cielos?

En otros capítulos de esta obra hemos explicado cómo María fue prefigurada en la *gebirah*, la Reina Madre de Israel, quien se sentaba en el trono al lado del Rey. Es bien evidente que Jesús es el Rey Eterno de Israel y que María es la Reina Eterna de Israel.¹¹ Sabemos que fue coronada porque el apóstol San Pablo enseñó que todos aquellos que viven una vida recta en Cristo, reciben la corona de gloria en los cielos. San Pedro nos dice que cuando el Buen Pastor se manifieste, todos recibiremos nuestra corona (1^{ra} Pedro 5, 4). El apóstol Santiago enseña lo mismo en Santiago 1, 12. Jesús enseñó lo mismo (Apocalipsis 2, 10).

Con todo este testimonio de Jesús y de los apóstoles, ¿tendremos alguna duda que la mujer que San Juan vió en los cielos es otra que la Virgen María?

Apocalipsis 12, 1-5 — Y apareció en el cielo un gran signo: una mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en su cabeza. Estaba embarazada y gritaba de dolor porque iba a dar a luz. Y apareció en el cielo otro signo: un enorme dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y en cada cabeza tenía una diadema. Su cola arrastraba una tercera parte de las estrellas del cielo, y las precipitó sobre la tierra. El dragón se puso delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto naciera. La mujer tuvo un hijo varón que debía regir a todas las naciones con un cetro de hierro. Pero el hijo fue elevado hasta Dios y hasta su trono.

Esta visión confirma la coronación de María a todos los creyentes. También se la muestra dando a luz un hijo que regirá a las naciones; el Mesías, el Cristo es elevado a Dios y a su Trono. En Apocalipsis 12, 17 se nos dice que ella tiene otra descendencia. Sus hijos espirituales forman la Iglesia de aquellos “quienes guardan los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesús.” Por eso es que María no solo es la Gloria de su pueblo Israel, ella también es la Reina de la Iglesia y la Reina del Cielo, porque su hijo es Rey de Reyes y Señor de Señores (Apocalipsis 5, 12; 19, 16; Filipenses 2:9-11).

María Nuestra Poderosa Intercesora

La Biblia es un gran regalo que Dios nos ha dado para nuestra instrucción. Si leemos este libro nos enriquecemos espiritualmente meditando en la sabiduría del Espíritu Santo que inspiró a tantos hombres santos a escribir para nuestro beneficio. Las Sagradas Escrituras siempre enseñan la verdad, sin embargo, algunos lectores de la Biblia interpretan su mensaje en forma errada y lo usan mal cuando toman una parte aislada de las Escrituras para dar apoyo a sus propios puntos de vista personales. Tal conducta ofende al Espíritu Santo, quien desea que las Escrituras sean útiles para enseñar y formar al alma cristiana, sin confundirla o desviarla del camino.

En este capítulo vamos a tratar el mal uso de un versículo, 1^{ra} Timoteo 2, 5: “Porque hay un solo mediador entre Dios y los hombres, un hombre, Cristo Jesús.” El apóstol San Pablo escribió este verso para mostrar la singularidad de la mediación de Jesús y la importancia capital del sacrificio que rescató a la humanidad de la muerte eterna y la perdición. Aquí hay un capítulo entero de la Primera Carta a Timoteo. Lo leeremos primero para tener una idea del contexto:

1^{ra} Timoteo 2, 1-15 — Ante todo, te recomiendo que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los soberanos y por todas las autoridades, para que podamos disfrutar de paz y de tranquilidad, y llevar una vida piadosa y digna. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, porque El quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre él también, que se entregó a sí mismo para rescatar a todos. Este es el testimonio que él dio a su debido tiempo, y del cual fui constituido heraldo y apóstol para enseñar a los paganos la verdadera fe. Digo la verdad, y no miento. Por lo tanto, quiero que los hombres oren constantemente, levantando las manos al cielo con recta intención, sin arrebatos ni discusiones. Que las mujeres, por su parte, se arreglen decentemente, con recato y modestia, sin usar peinados rebuscados, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos. Que se adornen más bien con buenas obras, como conviene a personas que practican la piedad. Que las mujeres escuchen la instrucción en silencio, con todo respeto. No permito que ellas enseñen, ni que pretendan imponer su autoridad sobre el marido: al contrario, que permanezcan calladas. Porque primero fue creado Adán, y después Eva. Y no fue Adán el que se dejó seducir, sino que Eva fue engañada y cayó en el pecado. Pero la mujer se salvará, cumpliendo sus deberes de madre, a condición de que persevere en la fe, en el amor y en la santidad, con la debida discreción.

Al leer el capítulo entero vemos que el apóstol está hablando de diferentes tipos de intercesión. Comienza recomendando a los creyentes a interceder por todos, especialmente por aquellos en posiciones de influencia, como ser reyes y otros gobernantes. El objeto de esta intercesión es que todos los hombres conozcan la verdad.

Apenas terminado ese punto, el apóstol afirma la singularidad de Dios y la mediación perfecta de Jesús. Esto no es un pensamiento desconectado. San Pablo no está cambiando de tópico. En la antigüedad, la función de los reyes, emperadores, cónsules y otros por el estilo, era al mismo tiempo política y religiosa. En el antiguo Imperio Romano en el que vivió San Pablo, el Emperador era considerado al mismo tiempo un dios y un intercesor entre los dioses y los súbditos del imperio. En este pasaje, San Pablo también nos recuerda una gran verdad. Jesús dijo “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14, 6). San Pablo, no habla solamente de la verdad como concepto, también nos muestra que Jesús mismo es la personificación de la verdad. El sabía muy bien que Jesús se había presentado ante Poncio Pilatos antes de ser condenado a muerte. También sabía que Pilatos le había preguntado a Jesús: “¿Qué es la verdad?” (Juan 18, 38). En ese pasaje de los Evangelios, los líderes religiosos llevan a Jesús ante el prefecto romano. Allí Jesús declara ser el Rey del Reino de los Cielos que ha venido a este mundo a declarar la verdad y a interceder por su pueblo (Juan 18, 28-40).

Para seguir el ejemplo de Jesús, todos los cristianos deben interceder por toda clase de personas con plegarias y súplicas a Dios, rogando que lleguen a conocer la verdad: que ellos no son los mediadores entre Dios y los hombres, sino que Jesús es el verdadero mediador que realmente puede acercarse a Dios e interceder por nosotros. ¿Significa eso que Jesús y solo Jesús puede interceder por nosotros? Obviamente no, porque San Pablo pide que todos los cristianos intercedan con plegarias y súplicas por aquellos que están en posiciones de gobierno.

2^{da} Corintios 5, 17-21 — El que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente. Y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación. Nosotros somos, entonces, embajadores de Cristo, y es Dios el que exhorta a los hombres por intermedio nuestro. Por eso, os suplicamos en nombre de Cristo: Dejaos reconciliar con Dios. A aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro, a fin de que nosotros seamos justificados por El.

En este otro pasaje San Pablo explica que uno de los efectos del sacrificio de Cristo, es extender su mediación a todos aquellos que creen en El. Esto se aclara en la frase “Cristo nos reconcilió consigo y nos dió el ministerio de la reconciliación.” Si bien es cierto que sólo Cristo puede interceder por nosotros en primer lugar, la mejor parte es que desea compartir esa mediación con nosotros “de manera que en El podamos acceder a la justicia de Dios.” Esta verdad es perfectamente bíblica: todo creyente cristiano recibe el poder de interceder por otros, ¡mientras es aún pecador! ¡Cuánto más seremos capaces de interceder por otros cuando hayamos sido hechos perfectamente justos en los cielos! (Proverbios 15, 29; Filipenses 1, 23; 2^{da} Corintios 5, 8).

Este compartir en la misión de Cristo no es antibíblico. Por ejemplo, Cristo es el único fundamento de la Iglesia, la piedra fundamental (1^{ra} Corintios 3, 11) y sin embargo, los apóstoles son transformados por El en fundamento de la Iglesia (Efesios 2, 20).

En el Antiguo Testamento el sacerdocio levita administraba los sacrificios e intercedía por el pueblo de Israel. En la Nueva Alianza, Jesús el Sumo Sacerdote es al mismo tiempo el sacrificio perfecto y el origen de toda intercesión. El es también el Rey del Reino de los Cielos, nuestro Rey. Así que El puede ser realmente lo que los reyes y emperadores del tiempo de San Pablo pretendían ser. Esos reyes mortales, falsos intercesores delante de falsos dioses, han sido reemplazados por un Rey y Sacerdote inmortal, cuya intercesión es para siempre perfecta y completamente efectiva.

Hebreos 5, 1-7 — Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y puesto para intervenir en favor de los hombres en todo aquello que se refiere al servicio de Dios, a fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados. El puede mostrarse indulgente con los que pecan por ignorancia y con los descarriados, porque él mismo está sujeto a la debilidad humana. Por eso debe ofrecer sacrificios, no solamente por los pecados del pueblo, sino también por los propios pecados. Y nadie se arroga esta dignidad, si no es llamado por Dios como lo fue Aarón. Por eso, Cristo no se atribuyó a sí mismo la gloria de ser Sumo Sacerdote, sino que la recibió de Aquel que le dijo: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy”. Como también dice en otro lugar: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec”. El dirigió durante su vida terrena súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a Aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su humilde sumisión.

Detengámonos un minuto a reflexionar en las maravillosas consecuencias de la inmortalidad de Jesús como Rey y Sumo Sacerdote de Israel. Hay un pasaje del Evangelio donde podemos entrever como funciona el poder real de Jesús. Este es el “primero de sus signos”, según San Juan.

Juan 2, 1-12 — Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino”. Jesús le respondió: “Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía”. Pero su madre dijo a los sirvientes: “Haced todo lo que El os diga”. Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. Jesús dijo a los sirvientes: “Llenad de agua estas tinajas”. Y las llenaron hasta el borde. “Sacad ahora, agregó Jesús, y llevadle al encargado del banquete”. Así lo hicieron. El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo y les dijo: “Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento”. Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su

gloria, y sus discípulos creyeron en él. Después de esto, descendió a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y permanecieron allí unos pocos días.

Desde los tiempos de Salomón, la madre del rey era considerada la Reina de Israel, la “Gran Dama” (en hebreo, *gebirah*). Como Jesús es el Rey Eterno de Israel, es adecuado que María, su madre sea considerada la eterna Gran Dama. En esta parte del Evangelio de Juan vemos como María intercede por los amigos de Jesús en un asunto importante. Los amigos se están quedando sin vino y María sabe que Jesús puede hacer algo para solucionar el problema. Ella se acerca a Jesús, que está sentado con sus discípulos y le informa de la situación. Muchos leen traducciones literales de este pasaje y creen que Jesús fue descortés con su madre. Eso es un grave error de interpretación de la Escritura. Jesús fue muy respetuoso con su madre y la honró con su respuesta. El término *γυναι* (*gunai*, “señora, dama, mujer”) no es de ninguna manera irrespetuoso. Por el contrario, es el equivalente de la palabra “señora” en castellano moderno. Obviamente Jesús no estaba mal dispuesto hacia este pedido de su madre porque resolvió el problema inmediatamente por medio de convertir el agua de la purificación en vino exquisito.

¿Califica esto a María como eterna intercesora, la primera en compartir los poderes de intercesión de Cristo? Sí. Ciertamente. Pero eso no es todo. Como la Nueva Reina de Israel, María llega a ser la Madre de todos los que vivirán en el Reino de los Cielos.

Apocalipsis 12, 1-5 — Y apareció en el cielo un gran signo: una mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en su cabeza. Estaba embarazada y gritaba de dolor porque iba a dar a luz. Y apareció en el cielo otro signo: un enorme dragón rojo como el fuego, con siete cabezas y diez cuernos, y en cada cabeza tenía una diadema. Su cola arrastraba una tercera parte de las estrellas del cielo, y las precipitó sobre la tierra. El dragón se puso delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto naciera. La mujer tuvo un hijo varón que debía regir a todas las naciones con un cetro de hierro. Pero el hijo fue elevado hasta Dios y hasta su trono.

El hijo nacido de esta misteriosa mujer es identificado como el Mesías, el Hijo de Dios, de quien fue profetizado que regiría el mundo entero con cetro de hierro. Veamos lo que el Salmo Segundo dice de El:

Salmos 2, 6-9 — “Yo mismo establecí a mi Rey en Sión, mi santa Montaña”. Voy a proclamar el decreto del Señor: El me ha dicho: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy, pídemelo, y te daré las naciones como herencia y como propiedad, los confines de la tierra. Los quebrarás con un cetro de hierro, los destrozará como a un vaso de arcilla.”

Está claro que la mujer es María, en su nuevo papel de madre de todos los que viven en Cristo. El “nacimiento” de ese hijo varón no se refiere al nacimiento literal del Mesías sino a la resurrección y exaltación de Cristo a la diestra de Dios. (Apocalipsis 5, 12;

Salmos 2, 7). Antes del principio de los tiempos Dios el Padre había preparado el trono eterno de David para su Hijo. San Pablo conecta esto con la resurrección de Jesús:

Hechos 13, 30-33 — Pero Dios lo resucitó de entre los muertos y durante un tiempo se apareció a los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, los mismos que ahora son sus testigos delante del pueblo. Y nosotros os anunciamos a vosotros esta Buena Noticia: la promesa que Dios hizo a nuestros padres, fue cumplida por él en favor de sus hijos, que somos nosotros, resucitando a Jesús, como está escrito en el Salmo Segundo: “Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy.”

Este es el momento místico en el que “su hijo es arrebatado a Dios y a su trono” Esto sucede cuando Jesús es resucitado y asciende a los cielos, después de haber realizado la redención de la humanidad en la Cruz.

Esto nos da una idea del papel de María en el Reino de los Cielos. San Juan la ve en esta visión dando a luz al Rey Eterno, Jesús Resucitado. En Apocalipsis 12, 17 la visión menciona al “resto de su descendencia”. Esta descendencia adicional de María es una descendencia espiritual, no es carnal. Ellos son todas las personas que Jesús ha rescatado para ser sus hermanos e hijos de su Padre por medio del sacrificio en la Cruz. Está claro que la *gunai*, la *gebirah*, la Gran Dama es la madre de todos los que viven la vida abundante en Jesús (ver Génesis 3, 20; Juan 10, 10). Esta maternidad no es metafórica: es tan real como la resurrección de Jesús.

No queda duda que la Reina del Israel Celestial, la Gran Dama no es igual a cualquier otro creyente ordinario. Si San Pablo nos enseña que podemos orar a Dios, intercediendo por reyes y gobernadores, mientras aún somos pecadores e injustos en esta vida. ¡Cuánto más podrá interceder la Reina del Israel Celestial, que es la madre eterna de todos los creyentes, la misma mujer que llevó en su santo seno la mismísima vida de Dios! Esa es la mujer a quien el arcángel dijo “Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo!” (Lucas 1, 28). ¿Cómo podría fallar en ser nuestra intercesora cuando el Señor está con ella?

Lucas 1, 46-50 — María dijo entonces: “Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡Su Nombre es santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que le temen.”

Cuando pensamos en la intercesión maternal de María por sus hijos e hijas espirituales, debemos verla como el primero y más perfecto ejemplo de como Jesús comparte sus propios poderes de intercesión con toda la Iglesia. Cuando contemplamos a María, no solo estamos viendo a quien Dios usó para cumplir una misión temporaria. Muy por el contrario, estamos contemplando una misión eterna que comienza con Jesús y continúa para siempre con la gran multitud de creyentes que nadie puede contar (Apocalipsis 7, 9-

17). De todos esos creyentes, María es la primera y la más cercana a Jesús. Ella es ciertamente digna de interceder por todos delante del trono de su Divino Hijo.

Devociones Marianas

Para entender la devoción católica por la Madre de Dios es necesario captar el significado de la maternidad espiritual de María que ella extiende a todos los que viven en Cristo, participando con él en su sufrimiento por la redención del mundo. María es el primer creyente que participa en el sufrimiento redentor de Cristo. La comunión de María en los sufrimientos de Cristo es profetizada por San Simeón en el Evangelio de Lucas.

Lucas 2, 21-37 — Ocho días después, llegó el tiempo de circuncidar al niño y se le puso el nombre de Jesús, nombre que le había sido dado por el ángel antes de su concepción. Cuando llegó el día fijado por la Ley de Moisés para la purificación, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor”. También debían ofrecer un sacrificio un par de tórtolas o de pichones de paloma, como ordena la Ley del Señor. Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. Conducido por el mismo Espíritu, fue al Templo, y cuando los padres de Jesús llevaron al niño para cumplir con él las prescripciones de la Ley, Simeón lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo: “Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo Israel”. Su padre y su madre estaban admirados por lo que oían decir de él. Simeón, después de bendecirlos, dijo a María, la madre: “Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos”. Había también allí una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la familia de Aser, mujer ya entrada en años, que, casada en su juventud, había vivido siete años con su marido. Desde entonces había permanecido viuda, y tenía ochenta y cuatro años. No se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones.

Este pasaje de los Evangelios muestra como el Mesías nació para experimentar tanto el sufrimiento como la gloria para beneficio de su pueblo. Simeón le dice María: “a ti misma una espada te atravesará el corazón” y así prepara a María para los amargos días de la Crucifixión, cuando ella sufrirá la pena más dura que una madre pueda sufrir. Hay varios detalles en el relato de Lucas que señalan la condición sufriente de los justos de la humanidad. La primera es la pobreza. José y María pueden ofrecer solamente un modesto sacrificio “un par de tórtolas o dos pichones.” Este sacrificio estaba prescrito para los pobres que no podían sacrificar una oveja o una cabra. Aquí se nos muestra cómo la Sagrada Familia compartió sus sufrimientos con los pobres de todas las épocas. El profeta Simeón esperó toda su vida para ver al Mesías. El es un ejemplo de la

paciencia de los pobres. Finalmente, la promesa de Dios se cumple. El llega a ver al bebé que llegará a ser el Mesías. La profetisa Ana, la viuda que ha sobrevivido a su esposo por varias décadas, personifica al verdadero amor, devastado por la muerte.

Aquí Lucas presenta la espera anhelante de la humanidad por Dios. En un marco de tristeza, pérdida, sufrimiento y muerte, la esperanza de la humanidad aparece en los brazos de María. La más pobre de las madres viene al Templo y ofrece a Dios su posesión más preciosa, su primogénito. Allí le avisan que será necesario sufrir más antes de que se revele la prometida gloria de Israel.

Todos los presentes en esta escena son participantes en el sufrimiento de Cristo. El Mesías elige nacer entre penas y aflicciones. El primer elemento de su participación en las penas de la humanidad, es la maternidad de María. Ella es la primera en experimentar la presencia de Dios en su interior, primero como virgen consagrada, Hija de Dios el Padre, luego como Esposa de Dios el Espíritu Santo y finalmente como Madre de Dios el Hijo. Más tarde, la Iglesia, su descendencia espiritual, participará completamente con ella en los sufrimientos de Cristo (Colosenses 1, 24).

María es la primerísima persona en la historia en ser parte de la familia de Dios. Por gracia divina, su relación familiar con Dios es completa. Su confianza en Dios es absoluta.

Juan 19, 25-30 — Junto a la Cruz de Jesús, estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien El amaba, Jesús le dijo: “Mujer, aquí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Aquí tienes a tu madre”. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa. Después, sabiendo que ya todo estaba cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: “Tengo sed”. Había allí un recipiente lleno de vinagre; empaparon en él una esponja, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. Después de beber el vinagre, dijo Jesús: “Todo se ha cumplido”. E inclinando la cabeza, entregó su espíritu.

Esta es la última vez que Jesús se dirige a los creyentes desde la Cruz, entregando a María al cuidado de San Juan y poniendo a San Juan al cuidado de María. Juan es el más joven de los discípulos, el único que se atreve a estar con su Maestro hasta el amargo fin. Observando la escena vemos a tres mujeres, todas ellas llamadas María. Estas mujeres representan el papel de la feminidad en la Iglesia. María de Nazaret es una virgen consagrada. María Magdalena es una pecadora arrepentida, que se ha dedicado a Dios. María la esposa de Cleopas, es la madre de una familia temerosa de Dios (Mateo 27, 55). Estas tres mujeres son un vivo ejemplo de todas las vocaciones femeninas de la Iglesia. En la misma escena, San Juan parece representar a la Iglesia leal a Cristo (Juan 10, 27; Apocalipsis 14, 4).

En ese importantísimo momento, Jesús confía a María al cuidado de su discípulo amado,

llamándolos a ser madre e hijo. La nueva vida de Juan en Cristo está para siempre atada a la vida de María. Estas palabras de Cristo indican el comienzo de una nueva creación. Juan¹² es ahora—por la palabra de Jesús hablando desde la Cruz—parte de la descendencia de María (ver Apocalipsis 12, 17).

Este evento está atado específicamente al “nuevo nacimiento” que Jesús enseñó. Ese será el centro de la enseñanza a los hebreos que confiaban, hasta entonces, en la herencia natural de la promesa hecha a su padre Abraham. Al principio de su ministerio, Jesús explicó ese misterio a Nicodemo, un maestro de la Ley Mosaica.

Juan 3, 1-8 — Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, que era uno de los notables entre los judíos. Fue de noche a ver a Jesús y le dijo: “Maestro, sabemos que tú has venido de parte de Dios para enseñar, porque nadie puede realizar los signos que tú haces, si Dios no está con él”. Jesús le respondió: “Te aseguro que el que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios.” Nicodemo le preguntó: “¿Cómo un hombre puede nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?” Jesús le respondió: “Te aseguro que el que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace de Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: “Vosotros tenéis que renacer de lo alto”. El viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu”.

La pregunta de Nicodemo está registrada en el Evangelio de San Juan para recordarnos que un hombre debe ser nacido de nuevo, debe ser re-creado, para entrar en el Reino de los Cielos. Es por eso que el nuevo hombre debe volver a ser niño, tal como Jesús dijo en Marcos 10, 15: “Os aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.” Nicodemo vino a Jesús “en la noche”. El está aún en la oscuridad en lo que toca al verdadero sentido de las palabras de Jesús. Aun así, él comprende instintivamente que se necesita una madre para completar ese proceso. El no entiende que el proceso no es carnal, sino espiritual.

El diálogo de Jesús y Nicodemo precede al relato de San Juan sobre los bautismos en el río Jordán. Allí Jesús revela que el Espíritu Santo está engendrando una nueva creación, con nuevos hombres y mujeres. Los discípulos cristianos deben nacer de nuevo y ser engendrados así como la naturaleza humana perfecta de Jesús fue concebida en María por su Esposo, el Espíritu Santo (Lucas 1, 35). Más tarde, San Pablo explica que éste “nuevo nacimiento” no ocurre físicamente en la presente condición de la humanidad, atada al pecado y a la muerte que hemos heredado de Adán en la carne.

1^{ra} Corintios 15, 19-25 — Si nosotros hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solamente para esta vida, seríamos los hombres más dignos de lástima. Pero no, Cristo resucitó de entre los muertos, el primero de todos. Porque la muerte vino al mundo por medio de un hombre, y también por medio de un hombre viene la resurrección. En

efecto, así como todos mueren en Adán, así también todos revivirán en Cristo, cada uno según el orden que le corresponde: Cristo, el primero de todos, luego, aquellos que estén unidos a El en el momento de su venida. En seguida vendrá el fin, cuando Cristo entregue el Reino a Dios al Padre, después de haber aniquilado todo Principado, Dominio y Poder. Porque es necesario que Cristo reine hasta que ponga a todos los enemigos debajo de sus pies.

Cristo es el primogénito de su nueva creación. El elige ser nacido de María, haciéndola así “la madre de todos los vivientes” (por favor comparar con Génesis 3, 20; Romanos 8, 29; Colosenses 1, 15).

La maternidad espiritual de María se entiende mejor como un contrapunto espiritual a la maternidad carnal de Eva. Eva era la que iba a ser la madre de todos los vivientes (Génesis 3, 20). Pero la descendencia de Eva tendrá que morir infaliblemente para cumplir la maldición puesta sobre toda la humanidad en Génesis 3, 17-19, por haber desobedecido a Dios y haber comido del fruto del árbol prohibido.

En contraste, la descendencia de María “guarda los mandamientos de Dios y da testimonio de Jesús” por medio de comer del fruto de ese otro árbol—la Cruz—en la Eucaristía (Hechos 2, 42; Juan 6, 53-58; 66-67). Ese fruto—Jesús—es también el fruto del vientre de María (Lucas 1, 42).

El primer hijo de Eva es Caín. Su nombre en hebreo, *Ka-yin* significa “adquirir”. Por eso Eva dice en Génesis 4, 1 que ha “adquirido” (también, “procreado”) un varón con la ayuda de Dios. Sugestivamente, el nombre comparte las mismas consonantes¹³ que *kin'ah*, que significa “envidia”.¹⁴ Caín ofrece un sacrificio a Dios. Su sacrificio es rechazado porque ha ofrecido frutos de la tierra, la misma tierra que Dios ha maldecido (Génesis 3, 19). Su hermano menor Abel (*Ab-el*, en hebreo “de Dios”) ofrece en cambio sacrificios animales. Los sacrificios de Abel le resultan más aceptables a Dios. Lleno de envidia y odio por su hermano, Caín lo asesina.

En contraste, el primogénito de María es Jesús. El “da la vida por sus amigos” (Juan 15, 13) y su sacrificio es perfecto, agradable a Dios (Hebreos 9, 11-14). El ama a sus hermanos hasta el punto de dar la vida por ellos, “tomando la forma de un esclavo [...] se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, aun la muerte en la Cruz.” (Filipenses 2, 5-8).

Hay muchas otras comparaciones que pueden ser hechas, todas las cuales son signos divinos que señalan a la nueva creación por Cristo. La vieja creación, contaminada por el pecado de Adán nos trae la muerte por Eva. En contraste la nueva creación es redimida por el sacrificio de Cristo. María, como la Nueva Eva, nos trae vida sobrenatural y eterna a todos los de su descendencia: aquellos que han nacido del Espíritu Santo y del agua del bautismo (Juan 3, 1-8). María nos transmite la vida sobrenatural en Cristo adoptándonos de la misma manera que lo hizo con San Juan al pie de la Cruz.

Una vez que se comprende esta maternidad sobrenatural y mística de María, debemos cumplir con nuestras obligaciones como hijos e hijas. el primero de esos deberes está detallado en el Cuarto Mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean muchos en la tierra que el Señor te está dando.” (Exodo 20, 12; Deuteronomio 5, 16).

Jesús nos dio el ejemplo perfecto, al vivir en la tierra como hombre se sujetó obedientemente a María y José (Lucas 2, 51). Por lo tanto, si el Dios Encarnado estuvo sujeto a María, quien entonces era simplemente una madre, ¡cuánto más debemos estar sujetos a ella nosotros y debemos hacerla objeto de nuestra amorosa devoción!

El apóstol San Pablo nos ofrece este sabio consejo: “Niños, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque es lo justo. 'Honra a tu padre y a tu madre,' (Este es el primer mandamiento con promesa) 'para que te vaya bien y vivas largo tiempo sobre la tierra'“ (Efesios 6, 1-3; vea también Marcos 7, 8-13).

En los capítulos previos hemos establecido la singularidad del papel de María en la historia de la salvación. Sabemos que ella es el Arca de la Nueva Alianza.¹⁵ La antigua Arca de la Alianza es una figura profética de María—que fue considerada por los israelitas como un objeto muy sagrado ¡algo tan sagrado que ni siquiera podía ser tocado! Aquella antigua Arca del Pacto tenía sus sirvientes dedicados (1^{ra} Crónicas 16, 4) que reverentemente ministraban ante este objeto, al que llamaban “La Gloria de Israel” (ver 1^{ra} Samuel 4, 22).

María es también la Reina de Israel, (1^{ra} Reyes 2, 13-25) la eterna *gebirah*, la Gran Dama¹⁶ que se describe en los salmos proféticos:

Salmos 45, 6-17 — Tus flechas son punzantes, se te rinden los pueblos y caen desfallecidos los rivales del rey. Tu trono, como el de Dios, permanece para siempre; el cetro de tu realeza es un cetro justiciero: tú amas la justicia y odias la iniquidad. Por eso el Señor, tu Dios, prefiriéndote a tus iguales, te consagró con el óleo de la alegría: tus vestiduras exhalan perfume de mirra, áloe y acacia. Las arpas te alegran desde los palacios de marfil; una Hija de Reyes está de pie a tu derecha: es la Reina, adornada con tus joyas y con oro de Ofir. ¡Escucha, hija mía, mira y presta atención! Olvida tu pueblo y tu casa paterna, y el rey se prenderá de tu hermosura. El es tu Señor: inclínate ante él; la ciudad de Tiro vendrá con regalos y los grandes del pueblo buscarán tu favor. Embellecida con corales engarzados en oro y vestida de brocado, es llevada hasta el rey. Las vírgenes van detrás, sus compañeras la guían, con gozo y alegría entran al palacio real. Tus hijos ocuparán el lugar de tus padres, y los pondrás como príncipes por toda la tierra.

Compare el salmo previo con el Magnificat de María:

Lucas 1, 46-55 — María dijo entonces: “Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi

espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡Su Nombre es santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre.”

En Levítico 19, 30 Dios ordena: “Observaréis mis sábados y respetaréis mi Santuario. Yo soy el Señor.” Dios demanda que tratemos con reverencia los objetos santos, como el Arca de la Alianza o el Santuario. ¡Cuánto más merecedores de reverencia serán aquellas personas santas a las que esos objetos representan! ¿Podría Dios requerir que tratáramos a María con menos reverencia que la debida para su Santuario en la tierra o su Arca de la Alianza? (Salmos 134, 2; 138, 2).

María es la gloria de Israel en un sentido mucho más real que aquellos objetos religiosos del pasado. Ella es la más perfecta criatura de Dios, creada para ser la Nueva Eva, la madre de todos los que creen en Cristo. Como el Arca de la Alianza, ella es el testimonio de la buena voluntad de Dios para la humanidad. María ha recibido el extraordinario privilegio de ser la madre eterna de todos los que son redimidos por la sangre de su Hijo.

Todos los creyentes cristianos son hijos e hijas de María. Ella—Nuestra Santísima Madre—merece ciertamente nuestra gratitud, admiración, honor y devoción.

María en el Antiguo Testamento

La Biblia relata la historia de la Virgen María en ambos, el Nuevo y el Antiguo Testamento. En el Antiguo Testamento leemos acerca de Nuestra Bendita Madre en las profecías y modelos proféticos que Dios ha usado para enseñarnos acerca de ella.

Génesis 3, 15 — Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón”.

En Génesis 3, 15 encontramos la primera profecía que habla de María, la descendencia de la mujer, que herirá mortalmente en la cabeza a la serpiente original. Cuando los sabios hebreos de tiempos antiguos tradujeron este versículo al lenguaje griego, usaron la palabra *gunai* (mujer, dama). Ella es la que va a traer el castigo divino sobre el padre de la “raza de víboras” (Mateo 12, 34) a quien Jesús se refirió cuando dijo “sois hijos de vuestro padre, el diablo” (Juan 8, 44). En este pequeño verso del Génesis encontramos la primera huella de las promesas del Evangelio. La simiente de la mujer es también la simiente de Abraham, el padre de todos los que tienen fe. Esa simiente es Cristo, quien viene al mundo a través de María. Esto nos lo explica San Pablo en Gálatas 3, 16: “Pues bien, las promesas fueron dirigidas a Abraham y a su descendencia. No dice: 'y a los descendientes', como si fueran muchos, sino a uno solo, 'a tu descendencia', es decir, a Cristo.”

La enemistad entre la simiente de la mujer y la simiente o progenie de la serpiente original continúa hasta el tiempo del fin, tal cual se muestra en la visión del Apocalipsis de San Juan (Apocalipsis 11, 19 y 12, 6).

Isaías 7, 14 — Por eso el Señor mismo os dará un signo. Mirad, la doncella quedará encinta y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel.

Dios reitera que El va a enviar a un Mesías y revela aquí por primera vez que el Mesías va a ser el hijo de una joven doncella: “la doncella quedará encinta y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel.” La palabra usada aquí para virgen es *almah* (una doncella o jovencita). El nombre Emanuel significa “Dios con nosotros”. Isaías nos revela algo más sobre esta virgen:

Isaías 11, 1-5 — Saldrá una rama del tronco de Jesé y un retoño brotará de sus raíces. Sobre él reposará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor –y lo inspirará el temor del Señor. Él no juzgará según las apariencias ni decidirá por lo que oiga decir: juzgará con justicia a los débiles y decidirá con rectitud para los pobres del país; herirá al violento con la vara de su boca y con el soplo de sus labios hará morir al malvado. La justicia ceñirá su cintura y la fidelidad ceñirá sus caderas.

Esta profecía nos confirma indirectamente que la virgen que dará a luz al Mesías será de la tribu de Judá y de la familia de David. El Jesé que se menciona aquí, es el padre del Rey David, que es de la tribu de Judá. Al principio de la historia de Israel, Jacob ya había profetizado que el Mesías vendría de la tribu de Judá (Génesis 49, 10). Aquí Isaías comienza a revelar el papel de la Madre del Mesías. Finalmente, en el Nuevo Testamento se hace la conexión en el Evangelio de San Mateo:

Mateo 1, 18-25 — Este fue el origen de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José y, cuando todavía no habían vivido juntos, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era un hombre justo y no quería denunciarla públicamente, resolvió abandonarla en secreto. Mientras pensaba en esto, el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados”. *Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por el profeta: “La Virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán el nombre de Emanuel”, que traducido significa: “Dios con nosotros”*. Al despertar, José hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado: llevó a María a su casa, y sin que hubieran hecho vida en común, ella dio a luz un hijo, y él le puso el nombre de Jesús.

Un contemporáneo de Isaías también menciona a la Madre del Mesías:

Miqueas 5, 1-2 — Y tú, Belén Efratá, tan pequeña entre los clanes de Judá, de ti me nacerá el que debe gobernar a Israel: sus orígenes se remontan al pasado, a un tiempo inmemorial.

También el profeta Jeremías parece aludir a la Madre del Mesías en este misterioso verso:

Jeremías 31, 22 — ¿Hasta cuándo andarás por la senda errada, hija rebelde? Pues el Señor ha creado una cosa nueva en la tierra: La mujer rondará al varón con devoción.

Aquí la “hija rebelde” es la nación de Israel. La frase parece sugerir que Dios está por hacer algo para curar las constantes rebeliones de su pueblo. San Jerónimo explica este versículo como un modelo profético del nacimiento virginal de Cristo. La “cosa nueva” que Dios crea es María de Nazaret quien tendrá la misión de concebir un hombre completo y perfecto, sin mancha del pecado original.

En la Biblia hay otros tipos proféticos de María, como por ejemplo: Sara, Hanna, Débora, Jael, Judit y Ester, entre otras.

Sara, Mujer de Una Nueva Alianza

Sara es la esposa de Abraham, la madre de Isaac y la abuela de Jacob, quien llegó a ser

el padre de las doce tribus de Israel. Hay muchos paralelos entre Sara y María de Nazaret. Como María, ella mora en Egipto con su esposo por un tiempo (Génesis 12, 10-20). Nunca tuvo hijos (Génesis 16, 1) hasta que su milagrosa gravidez fue anunciada por un mensajero celestial (Génesis 18, 10). Además, Sara le hace al ángel una pregunta muy similar a la que hizo María.

María le pregunta al ángel:

Lucas 1, 34 — [...] “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”

Mientras que Sara dice:

Génesis 18, 12 — [...] '¿Tendré un hijo a esta edad avanzada y siendo viejo mi esposo?'

Aunque estén separadas por miles de años, tanto Sara como María viven en tiempos importantes de la historia. En ambos tiempos Dios establece una nueva alianza con su pueblo.

Génesis 17, 2 — Yo haré una alianza contigo, y te daré una descendencia muy numerosa.

Lucas 1, 30-33 — Pero el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin”.

Hanna, Madre de Samuel, Ejemplo de Fe

En tiempos antiguos los hijos eran el tesoro máspreciado de una familia. Tener muchos hijos era considerado como una bendición de Dios. Cuando una mujer no podía tener hijos, tenía que sufrir el oprobio social de ser yerma. En muchos casos el marido tomaba una segunda esposa, lo cual hacía muy difícil la vida de la primer consorte. Este era el caso de Hanna, la esposa de un hombre llamado Elcana. Esta fiel mujer era estéril pero eso no la detuvo de orar con fervor a Dios para que le diera hijos.

Cierto año, al tiempo de celebrar un gran festival religioso en Siló, Hanna se acercó al Tabernáculo y oró ardientemente a Dios para que le diera un hijo. Oraba silenciosamente y el sacerdote Elí la observaba a cierta distancia. Elí notó que Hanna estaba muy perturbada y se convulsionaba llorando al rezar. El sacerdote concluyó—equivocadamente— que la mujer había bebido demasiado vino durante la celebración y la reprendió por estar ebria en la casa de Dios.

En este punto recordemos que María, junto con otros cristianos, también fue acusada de haber bebido demasiado después de celebrar el Pentecostés, el día en que la Iglesia niña

recibió el Espíritu Santo (ver Hechos 2, 1-13).

1^{ra} Samuel 1, 12-17 — Mientras ella prolongaba su oración delante del Señor, Elí miraba atentamente su boca. Ana oraba en silencio; sólo se movían sus labios, pero no se oía su voz. Elí pensó que estaba ebria, y le dijo: “¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? ¡Ve a que se te pase el efecto del vino!” Ana respondió: “No, mi señor; yo soy una mujer que sufre mucho. No he bebido vino ni nada que pueda embriagar; sólo me estaba desahogando delante del Señor. No tomes a tu servidora por una mujer cualquiera; si he estado hablando hasta ahora, ha sido por el exceso de mi congoja y mi dolor”. “Vete en paz”, le respondió Elí, “y que el Dios de Israel te conceda lo que tanto le has pedido”.

Después de recibir la bendición de Elí, Hanna creyó fielmente que Dios iba a responder a su oración. Le prometió a Dios que, si le daba un hijo, le consagraría al Señor para servirle de por vida. La respuesta a esa plegaria fue el profeta Samuel, el gran profeta-sacerdote de Israel que nació ese año. Hanna cumplió su promesa y cinco años después llevó a Samuel para que fuera criado por Elí, que era sacerdote de Dios en ese lugar.

Al igual que María, Hanna fue la madre de un gran profeta consagrado al servicio de Dios desde su infancia. (Comparar 1^{ra} Samuel 1, 24 con Mateo 2, 22-40).

La Canción de Hanna, se encuentra en el segundo capítulo del primer libro de Samuel. Este hermoso poema fue seguramente la inspiración para el Magnificat de María (Lucas 1, 46-55).

1^{ra} Samuel 2, 1-10 — Entonces Hanna oró, diciendo: “Mi corazón se regocija en el Señor, tengo la frente erguida gracias a mi Dios. Mi boca se ríe de mis enemigos, porque tu salvación me ha llenado de alegría. No hay santo como el Señor, porque no hay nadie fuera de ti, y no hay roca como nuestro Dios. No habléis con tanta arrogancia, que la insolencia no os brote de la boca, porque el Señor es el Dios que lo sabe todo, y es él quien valora las acciones. El arco de los valientes se ha quebrado, y los vacilantes se ciñen de vigor; los satisfechos se contratan por un pedazo de pan, y los hambrientos dejan de fatigarse; la mujer estéril da a luz siete veces, y la madre de muchos hijos se marchita. El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta de él. El Señor da la pobreza y la riqueza, humilla y también enaltece. El levanta del polvo al desvalido y alza al pobre de la miseria, para hacerlos sentar con los príncipes y darles en herencia un trono de gloria; porque del Señor son las columnas de la tierra y sobre ellas afianzó el mundo. El protege los pasos de sus fieles, pero los malvados desaparecerán en las tinieblas, porque el hombre no triunfa por su fuerza. Los rivales del Señor quedan aterrados, el Altísimo truena desde el cielo. El Señor juzga los confines de la tierra; él fortalece a su Rey y exalta la frente de su Ungido”.

Débora y Jael, Valientes Siervas de Dios

Débora es un modelo de sabiduría femenina, que juzgó a Israel desde un lugar entre Ramá y Lapidot (Jueces 4, 4). En un tiempo en que los isaelitas eran oprimidos por los cananeos, Débora reunió a las tribus de Zabulón y Neftalí para combatir contra Sísara, el comandante cananeo. Débora profetizó que el poderoso opresor de los hebreos iba a hallar su fin a manos de una mujer. Este es otro modelo profético de María, quien debe cumplir la profecía de Génesis 3, 15 por medio de aplastar la cabeza de Satanás, la serpiente original. La mujer elegida por Dios para terminar con la vida de Sísara es Jael. Ambas, Débora y Jael son tipos proféticos de María.

Jueces 4, 17-23 — Mientras tanto, Sísara huyó a pie hasta la carpa de Jael, la esposa de Jéber, el quenita, porque Iabín, rey de Jasar, y el clan de Jéber, el quenita, estaban en buenas relaciones. Jael le salió al encuentro y le dijo: “Ven, Señor mío, pasa por aquí. No temas”. El entró en su carpa, y ella lo tapó con una manta. El le dijo: “Por favor, dame un poco de agua, porque tengo sed”. Ella abrió un recipiente donde había leche y le dio a beber. Luego lo volvió a cubrir. El le siguió diciendo: “Quédate a la entrada de la carpa, y si viene alguien y te pregunta: “¿Hay aquí algún hombre?, respóndele que no”. Pero Jael, la esposa de Jéber, sacó una estaca de la carpa, tomó en su mano un martillo y, acercándose a él sigilosamente, le clavó la estaca en la sien, hasta hundirla en la tierra. Sísara estaba profundamente dormido, agotado por el cansancio. Cuando ya estaba muerto, llegó Barac, que venía persiguiendo a Sísara. Jael le salió al encuentro y le dijo: “Ven y te mostraré al hombre que buscas”. El entró junto con ella, y vio a Sísara que yacía muerto, con la estaca clavada en la sien.

Judit Libra a Israel de Sus Enemigos

El libro de Judit nos cuenta como Dios libró al pueblo judío por medio de una mujer valiente y temerosa de Dios. El nombre Judit significa “judía”. Ella es un ejemplo profético de la perfecta confianza en Dios que tuvo María y del amor de María por el pueblo elegido de Dios (Lucas 1, 38-37). Lo mismo que María, ella intecedió delante de Dios por la salvación de su pueblo.

Judit 9, 5-14 — “Tú has hecho el pasado, el presente y el porvenir; Tú decides los acontecimientos presentes y futuros, y sólo se realiza lo que Tú has dispuesto. Las cosas que Tú has ordenado se presentan y exclaman: “¡Aquí estamos!”. Porque Tú preparas todos tus caminos, y tus juicios están previstos de antemano. Mira que los asirios, colmados de poderío, se glorían de sus caballos y sus jinetes, se enorgullecen del vigor de sus soldados, confían en sus escudos y sus lanzas, en sus arcos y sus hondas, y no reconocen que Tú eres el Señor, el que pone fin a las guerras. ¡Tu Nombre es Señor! Quebranta su fuerza con tu poder, aplasta su poderío con tu ira, porque se han propuesto profanar tu Santuario, manchar la Morada donde habita la Gloria de tu Nombre, y derribar tu altar a golpes de hierro. Mira su arrogancia, descarga tu indignación sobre sus cabezas: concédeme, aunque no soy más que una viuda, la fuerza para cumplir mi cometido. Por medio de mis palabras seductoras

castiga al esclavo junto con su jefe y al jefe junto con su esclavo. ¡Abate su soberbia por la mano de una mujer! Porque tu fuerza no está en el número ni tu dominio en los fuertes, sino que Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los desvalidos, el apoyo de los débiles, el refugio de los abandonados y el salvador de los desesperados. ¡Sí, Dios de mi padre y Dios de la herencia de Israel, Soberano del cielo y de la tierra, Creador de las aguas y Rey de toda la creación: escucha mi plegaria! Que mi palabra seductora se convierta en herida mortal para los que han maquinado un plan siniestro contra tu Alianza y tu Santa Morada, la cumbre de Sión y la Casa que es posesión de tus hijos. ¡Que toda tu nación y cada una de sus tribus reconozcan que Tú eres Dios, el Dios de toda fuerza y de todo poder, y que no hay otro protector fuera de ti para la estirpe de Israel!”

La Reina Ester, Intercesora del Pueblo de Dios

La Reina Ester es uno de los más bellos tipos proféticos de Nuestra Bendita Madre. Ella también es un modelo de confianza en Dios y en el poder de la oración y el sacrificio personal. Cuando los enemigos del pueblo de Dios preparan un plan para exterminarlos, ella intercede por su pueblo delante del Rey Asuero, arriesgando su vida en el proceso. Esther es una imagen profética de María, la valerosa Reina del Pueblo de Dios.

Ester 8, 4-6 — El Rey tendió hacia Ester el cetro de oro. Ella se levantó, permaneció de pie en presencia del Rey y dijo: “Si al Rey le parece bien y quiere hacerme un favor, si lo juzga conveniente y está contento conmigo, haga revocar por escrito los documentos que Amán, hijo de Hamdatá, el agagueta, concibió y escribió para eliminar a los judíos de todas las provincias del Rey. ¿Cómo podré resistir, al ver la desgracia que se abatirá sobre mi pueblo? ¿Cómo podré ser testigo de la desaparición de mi estirpe?”

El tema de María como la Nueva Eva está prefigurado en esta historia. En la antigua corte de Persia, la Reina Vasti es desterrada debido a su desobediencia. Cuatro años más tarde, el Rey Asuero elige a Ester por esposa y reina, al hallar que es hermosa e inteligente. Vasti pareciera prefigurar a la primera Eva, así como María es prefigurada en Ester.

Al poco tiempo unos enemigos envidiosos de los judíos complotan para destruir a todos los judíos del imperio. La única persona que puede salvar a los judíos de una destrucción segura es Ester pero ella no puede hablar con el Rey Asuero a menos que sea llamada al trono real. Por aquel entonces, cualquiera que apareciera delante del Rey sin ser llamado era castigado con la muerte.

Pero Ester está decidida a salvar a su pueblo. Para lograrlo, ella y sus doncellas, junto con todos los judíos de Persia ayunan y rezan por tres días. Al final de esos tres días, Ester entra en la corte del Rey sin ser invitada, para pedir por la vida de su pueblo. Esto nos recuerda claramente el papel de María como intercesora del pueblo de Dios, que

ruega a Dios y ofrece su dolores como sacrificio de la misma manera en que Ester oró y ayunó por el bien de su pueblo.

Al final de la historia, por intercesión de la Reina Ester, los judíos son salvados de sus enemigos a quienes derrotan completamente. Por eso es que el pueblo judío celebra la Fiesta de las Suertes, o Purim. En su origen, el ayuno de Ester y la nación judía se observaba en los días 14, 15 y 16 del Mes de Nisán, en lo que correspondería hoy a los tres días de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. En esto observamos un paralelo: así como Ester y los judíos derrotaron a sus enemigos en la antigua Persia, así Jesús derrotó a sus enemigos en el Calvario el 14 de Nisan, el día de su Pasión, en el Primer Viernes Santo.

Ester se nos presenta en la Biblia como una mujer de fe profunda, valiente, que ama a su pueblo y está dispuesta a arriesgar su vida por aquellos a quienes ama. Ella fue un instrumento de salvación dado por Dios para proteger a su pueblo. También María es instrumento de salvación por Dios. A través de ella recibimos a Jesús. Como Ester, ella es una intercesora permanente ante el trono de Dios, para el bien de sus hijos amados.

El Modelo Cristiano Perfecto

La devoción por la Virgen María es parte esencial del ser católico. En otras comunidades eclesiales cristianas, algunos pueden estar inclinados a no hablar mucho de la Madre de Dios. El gran apologista cristiano C. S. Lewis, hizo un buen análisis de ese problema en el prólogo de su obra, *Mero Cristianismo*:

“... no hay controversia entre los cristianos que necesite ser más delicadamente tratada que esta. Las creencias católicas sobre este tema se sostienen no sólo con el fervor inherente a toda creencia religiosa sincera sino (muy naturalmente) con la, por así decirlo, caballerosa sensibilidad que un hombre experimenta cuando el honor de su madre o de su amada están en cuestión. Por eso es muy difícil diferir de ellos sin aparecérselos como un grosero además de un hereje. Por el contrario, las opuestas creencias protestantes en lo que a este tema se refiere inspiran sentimientos que van hasta las mismas raíces del monoteísmo por excelencia. A los protestantes radicales les parece que la distinción entre Creador y criatura (por sana que ésta sea) se ve amenazada: que el politeísmo ha vuelto a resurgir. Por lo tanto es difícil disentir con ellos de modo que uno no parezca algo peor incluso que un hereje: un idólatra, o un pagano ...” ¹⁷

Aún considerando estas cosas, meramente meditar acerca de María, puede resultar beneficioso para los católicos y para otros cristianos también. María fue el primer discípulo de Cristo, la primerísima persona que creyó en El. A través de las Escrituras su voz todavía nos aconseja “Haced todo lo que El os diga.” (Juan 2, 5) Esto ciertamente es un buen consejo: si hacemos todo lo que Jesús nos dice, tendremos el honor de ser llamados sus amigos (Juan 15, 14). Jesús confió a Juan, su discípulo amado, al cuidado de María (Juan 19, 26). No hay razón para creer que El no hará lo mismo con todos sus amados discípulos. Podemos pensar en María como el primer discípulo de Jesús y beneficiarnos de su ejemplo por medio de leer esos pasajes de las Escrituras que hablan de su vida.

Cuando hablamos de Cristo a otros, podemos señalar a María como un buen ejemplo de una vida cristiana bien vivida. Debemos entregar a Cristo al mundo por medio de declarar las Buenas Nuevas de la Salvación. María es el mejor modelo que tenemos porque a través de ella la Palabra de Dios “se hizo carne y moró entre nosotros.” (Juan 1, 14).

Para curar al mundo de su egoísmo, sería grandioso si más y más gente pensara en María y en su generosa entrega a la voluntad de Dios. María sufrió pacientemente por nosotros la pobreza, la difamación, el exilio y la vergüenza, para que pudiéramos tener la salvación por Jesús. Antes del gran sacrificio en la Cruz, María también sacrificó todo lo que tenía para nuestro beneficio. Ciertamente deberíamos mostrar nuestra gratitud

meditando en esa vida ejemplar.

Debiéramos esforzarnos por imitarle. Podemos aprender de sus extraordinarias virtudes en las Escrituras y seguir su ejemplo de simplicidad y obediencia. Nadie ha sido honrado tanto por Dios como aquella que lo recibió como Hijo en su propio cuerpo. Al fin de los tiempos, cuando todos los santos se reúnan en el cielo para alabar a Dios: ¿Quién habrá entonces como María que tuvo el privilegio de ser Madre del Redentor?

María nos lleva a Jesús a través de su ejemplo perfecto. Escuchemos cuidadosamente todo lo que ella nos dice. Imitémosla en todo lo que ella hace .

Notas

¹ “How does that concern us, dear lady? My time hasn't come yet.”

² *A Greek Grammar of the New Testament and Other Early Christian Literature: A revision of F. Blass and A. Debrunner* “*Grammatik des neutestamentlichen Griechisch*”. The University of Chicago Press, 1961.

³ *Refuting the Attack on Mary: A Defense of Marian Doctrine* por el Padre Mateo, publ. Catholic Answers, El Cajon, California, 1993, 1999.

⁴ Tomás de Aquino, *Summa Theologica* IIIa:27.4-5

⁵ Ver el capítulo *María es el Arca de la Nueva Alianza*.

⁶ Por ejemplo el *Textus Receptus* es el texto griego del Nuevo Testamento editado por Erasmo de Rotterdam. Este texto es una colección de manuscritos en lengua griega común y fue la base de numerosas traducciones de la Biblia a los idiomas modernos.

⁷ λέγει αυτη ο ιησους τι εμοι και σοι γυναι ουπω ηκει η ωρα μου (*legei autē o iēsous ti emoi kai soi gunai oupō ēkei ē ōra mou*)

⁸ “Jesus said to her, 'How does that concern us, dear lady? My time hasn't come yet.'” *International Standard Version*. NOTA DEL TRADUCTOR

⁹ La Biblia judía griega ptolemaica, también conocida como la Traducción de los Setenta, o Septuaginta, es una antigua colección de textos y escritos sagrados judíos. Es la fuente para el Antiguo Testamento de las Biblias cristianas.

¹⁰ αυτος δε ειπεν μενουνγε μακαριοι οι ακουοντες τον λογον του θεου και φυλασσουντες αυτον (*autos de eipen menoun makarioi oi akouontes ton logon tou theou kai phulassontes*)

¹¹ *Vea María Siempre Virgen*.

¹² Forma española de Iohannes, la forma latina del nombre griego Ιωαννης (*Ioannes*), que a su vez deriva del nombre hebreo *Yochanan* que significa “YAHWEH otorga gracia”. El primero en llevar este nombre en el Nuevo Testamento es Juan el Bautista, el precursor de Jesucristo. El segundo es el apóstol Juan, quien es también el autor del Evangelio de Juan y del Apocalipsis.

¹³ En el hebreo antiguo no se escribían las vocales, por lo tanto las palabras “Caín” y “Envidia” son escritas en forma similar, ya que comparten las mismas consonantes.

¹⁴ “[El Señor] le pregunta a Caín donde está su hermano, El le pregunta a Caín “¿Dónde está tu *alma*?” De hecho en su mismo nombre (*Kayin*), uno descubre la ruina de su alma. Porque las palabras relacionadas con el nombre son *kanah*, que significa “adquirir” o “poseer” y *kinah*, la palabra para “envidia.” Citado de *Hebrew Language and Jewish Thought*, por David Patterson, pp. 94-95, publ. Rutledge Curzon, Taylor and Francis Group, Londres, Nueva York. Nuestra traducción.

¹⁵Vea *María es el Arca de la Nueva Alianza*.

¹⁶Vea *María es Nuestra Poderosa Intercesora*.

¹⁷*Mero Cristianismo*. publ. Harper Collins Publishers, New York, ed. 2006 p.

Índice

Nihil Obstat/ Imprimatur	3
Aviso	3
Prefacio	4
María la Madre de Dios	6
María el Arca de la Nueva Alianza	9
María es la Nueva Eva	12
La Inmaculada Concepción de María	15
María Siempre Virgen	18
María y los Hermanos de Jesús	20
María Purísima, Nunca Pecó	24
María ¿Fue Reprendida por Jesús?	28
Asunción de María a los Cielos	32
María Nuestra Poderosa Intercesora	36
Devociones Marianas	42
María en el Antiguo Testamento	48
El Modelo Cristiano Perfecto	55
Notas	57